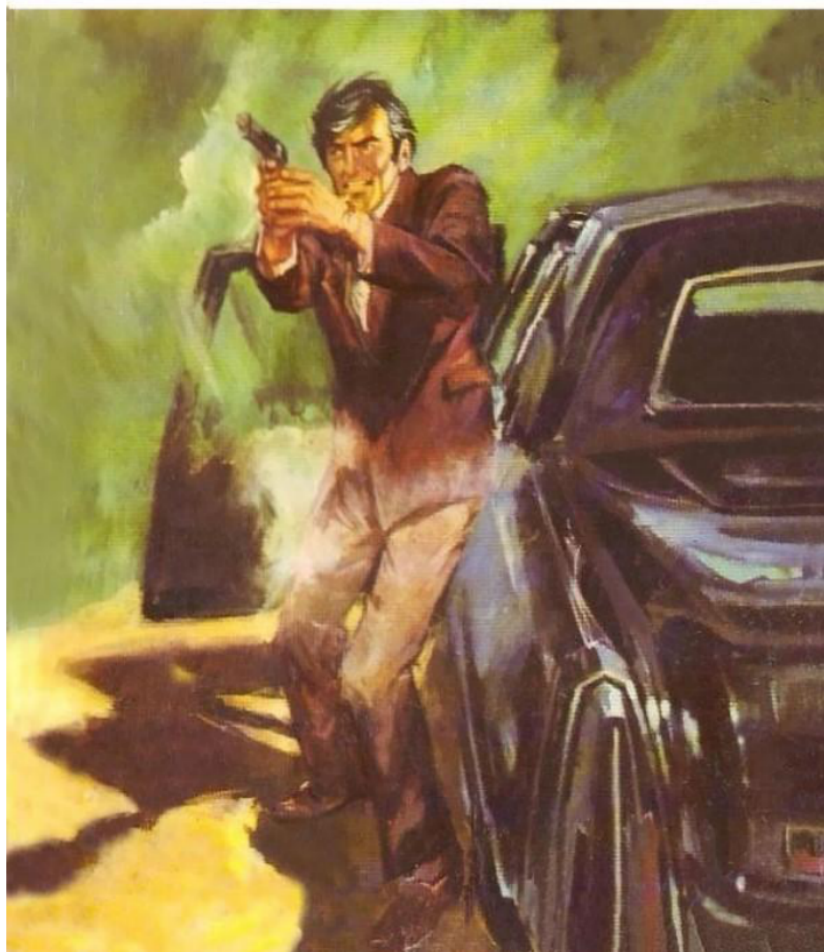
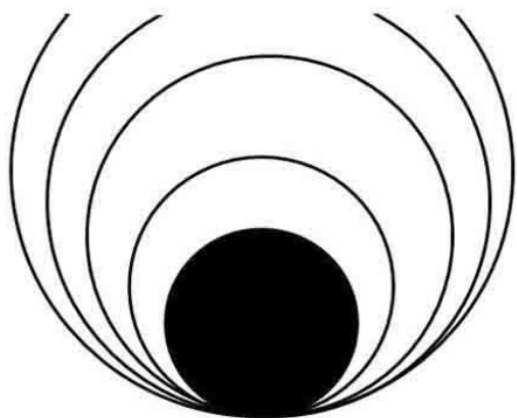




TIERRA AL ASUNTO

Albert Rosbund





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

TIERRA AL ASUNTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 973
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 30.643 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1980

© Albert Rosbund - 1980

texto

© M. García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1980

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

516. —Llega un verdugo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

437. —Lazo de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:

961. — Encantadoramente muerta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.581. —Yo, culpable.

CAPÍTULO PRIMERO

—Arriba le espera un monumento, señor Silver —me informó el conserje, guiñándome un ojo picarescamente, en cuanto aparecí por el *hall* del edificio donde tengo instalada mi oficina, en West Hollywood.

Le correspondí con una sonrisa, colándome seguidamente en el ascensor de puertas automáticas. Unos instantes después no tuve más remedio que darle la razón al bueno de Bob. Era cierto. Todo un monumento.

Tengo la costumbre de dejar la antesala de mi oficina abierta cuando me retiro por unos minutos al *snack de* Justin a tomar algo. De ahí que ella se encontrara cómodamente sentada en el sofá, fumando un cigarrillo.

Me detuve en el umbral haciéndome cargo de toda su anatomía. Era una rubia que parecía sacada de algún estudio cinematográfico de los alrededores. Le calculé veinticuatro abriles mientras continuaba admirando la belleza de su rostro y la perfección de sus curvas.

Ella se quitó el cigarrillo de entre sus carnosos labios y preguntó:

—¿John Silver, el detective privado?

—Sí.

Se puso en pie al mismo tiempo que yo avanzaba hacia la puerta del despacho para abrirla. Tuve el privilegio de rozarla y aspirar su perfume. Juro que me electricé.

—Pase —la invité a entrar.

Ella lo hizo con un andar felino, tomando seguidamente asiento. Yo fui a ocupar mi sillón giratorio. Nos quedamos mirando unos segundos.

—Usted dirá...

El cigarrillo se consumía entre sus largos y bien cuidados dedos. Lo estrujó en el cenicero de cristal de mi mesa tras proyectar su

busto hacia delante.

—Mi nombre es Deborah Parkins.

—Encantado, *miss* Parkins.

—Soy actriz.

—¿Deborah Parkins? —Traté de recordar.

—No se esfuerce. Comencé hace poco, sólo he hecho papeles de poca monta. Espero que a partir de ahora las cosas me rueden mejor.

—Si yo puedo ayudarla... ¿Cuál es su problema? —pregunté pensando en algún lío pasional. Era lo típico entre aquella gente.

Se echó de nuevo hacia atrás, dedicándome ahora un magistral cruce de piernas.

—Quiero información sobre una determinada persona. ¿Puede usted ocuparse de ello?

—Sí, claro... —murmuré sin dejar de admirar el excelente trazo de sus pantorrillas.

—Tendrá que trasladarse a Santa Mónica. Esa persona vive allí.

—No hay inconveniente.

—Estupendo —pareció animarse, esbozando una sonrisa de satisfacción.

Tomé papel y lápiz diciendo:

—Deme el nombre de esa persona...

—Amos Fenton.

—¿Cuál es su dirección?

—No la sé.

—¿Eh? —Arqueeé una ceja.

—La verdad es que no sé más. Todo tendrá que averiguarlo usted, señor Silver.

Me acaricié la barbilla con la punta del lápiz, observándola detenidamente.

—Así que sólo sabe su nombre y que es de Santa Mónica... —rezongué.

—En efecto.

—Bueno, si quiere conocer su dirección, le puede bastar un listín telefónico.

—Ya lo miré y no consta.

—¡Oh!

—De todas formas, no es su dirección únicamente lo que me

interesa, señor Silver, sino también su actual forma de vida, su trabajo, si es casado o soltero, sus relaciones sociales... en, fin, un amplio informe sobre él.

—Entiendo.

—No se volverá atrás, ¿verdad?

—No, pero todo eso puede llevar tiempo.

Me miró fijamente.

—Espero que sea rápido y eficiente. Me urge.

—Lo procuraré —le aguanté la mirada, pensando muchas cosas

—. ¿Puedo saber a qué viene todo esto?

—Es un asunto privado, por eso he recurrido a usted. Ese tipo de preguntas no voy a contestárselas.

—No quisiera verme metido en un lío desagradable. Me gusta conocer el terreno que piso.

—Aquí no hay nada raro ni peligroso, señor Silver. No se preocupe. Lo único que ocurre es que no quiero dar cuenta a nadie de mis asuntos privados. Para usted no será más que un trabajo rutinario. Seguro que ha realizado muchos como éste. No habrá problemas.

—Ya —musité no del todo convencido. Ella se percató de esto y agregó enseguida:

—Se lo aseguro. Incluso estoy dispuesta a abonarle el doble, caso de que surgiera algún contratiempo. ¿Le parece bien así, señor Silver?

—De acuerdo —asentí, y ella se relajó—. ¿Cuál es su dirección?

—Vivo en una pensión regentada por una exactriz, Louise Crawford. Tuvo su fulgor allá por los cuarenta. Está en el 1050 de Ogden Street.

—¿Y el teléfono?

—643-7477.

Tomé nota de todo mientras ella abría el bolso y sacaba su monedero.

—¿Cuánto he de adelantarle? —preguntó, sacando unos billetes superdobladados.

—Doscientos cincuenta —respondí—. Tengo por costumbre cobrar cien diarios más gastos.

—Conforme.

Me los dio sin más comentarios y yo le extendí un recibo,

añadiéndole una de mis tarjetas de visita.

Ella lo guardó todo en el bolso y se puso en pie. Realmente era una mujer de bandera. Me dije que sería imposible que no triunfara, al menos durante los años que durara su belleza. Con un poco liberal que fuera...

—Señor Silver...

Forcé una sonrisa y me levanté, olvidando mis pensamientos y acompañándola hasta el mismo ascensor.

—Espero sus noticias, señor Silver. Y con rapidez, por favor.

—Las tendrá —prometí.

Las puertas automáticas se cerraron privándome de tan encantadora visión. Retorné al despacho, quedándome allí contando los dólares y aspirando su perfume. Eran ya las seis de la tarde, mala hora para comenzar el trabajo. Y por otro lado, no me sentía muy animado.

Un nombre que no me decía nada y una pequeña ciudad. Como buscar una aguja en un pajar. Y no entraba en mis cálculos ir por la calle preguntando a los transeúntes por el fulano de marras...

Me acordé de Bill Carpenter, un colega con oficina en Santa Mónica, y decidí telefonearle. El aparato de su despacho sonó y sonó sin que nadie lo descolgara. Probé entonces con el número de su casa y hubo suerte.

—Bill —dije al reconocer su voz—, soy John Silver.

—¡Ah, hola, John! ¿Qué hay?

—Verás, tengo un caso ahí, en Santa Mónica, se trata de localizar a un tipo del que sólo sé su nombre,...

—¿Cómo se llama la pieza? —me preguntó impaciente.

—Amos Fenton.

—Hum... No me suena.

—Lo imagino. No debe ser un tío famoso cuando me han hecho el encargo. No quisiera perder mucho tiempo con este caso ni tampoco quisiera volverme loco buscándolo, ¿tienes algún contacto ahí para husmear en archivos oficiales?

—Con la poli no cuentas.

—Ya.

—De todas formas, en la City Hall tengo algunas amistades. Tal vez pueda hacer algo.

—Inténtalo. Mañana estaré allí.

—Ven por la oficina. Me gustará charlar contigo. Hace tiempo que no nos vemos.

—Okay.

Colgué, satisfecho. Ya había hecho bastante por aquella tarde.

Con el dinero fresco en el bolsillo me fui a un buen restaurante de La Brea y cené opíparamente. Luego me colé en un cine y asistí a la proyección de «1941», el descacharrante film de Steven Spielberg.

Por la noche, soñé con mi cliente y juro que no fue nada erótico. Por encima de su llamativa anatomía, me intrigaba qué interés podía tener en el fulano de marras. Esboqué varias teorías, todas ellas muy rocambolescas e impregnadas de mucha deformación profesional.

Me levanté por la mañana con cierto malestar e intenté desligarlo de mí con una ducha fría y un desayuno a base de huevos revueltos y café.

Luego tomé mí «Chevrolet» de segunda mano y me trasladé a Santa Mónica. Ustedes ya saben más o menos qué es Santa Mónica: una especie de ciudad satélite de Los Ángeles, situada junto a la costa, cara al océano, con elegantes edificios y casas y mucha gente de postín.

Tal vez Bill Carpenter fuera uno de los más miserables del lugar. Su oficina era más bien un cuchitril que podía ser confundido con los servicios del edificio.

Bill Carpenter era un tipo grandote y simpático, aproximadamente de mi edad, es decir, ya con un tercio de siglo sobre sus espaldas. Tenía fama de gran comedor y bebedor, más que de detective. Le había conocido dos años antes, al coincidir casualmente en el caso del fetichista de la playa. Les puede parecer el título de un libro de Erle Stanley Gardner, pero así fue como lo bautizaron los periódicos.

—¡John, muchacho...! —exclamó al verme. Vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo. Luego se puso a hablar rápidamente de los viejos tiempos, pero yo le interrumpí, yendo al grano.

—No te preocupes —me repuso—. Uno de mis contactos, Robert Manson, me ha prometido consultar las listas del censo. Están a su alcance.

—Estupendo.

—Y he quedado con él para almorzar.

—Yo correré con los gastos.

Ahí terminó toda la conversación sobre el asunto que me interesaba hasta la hora de reunirse con el funcionario en el Dundee Restaurant, teniendo que soportar la verborrea del bueno de Bill en un bar cercano mientras consumíamos una copa tras otra.

El tal Roben Manson resultó ser un hombrecillo de aspecto humilde, incluso tímido. Protegía sus ojos con unas gafas de cristal grueso.

Hechas las presentaciones y mientras Bill se encargaba de escoger los platos, informó:

—No estaba.

Compuse un gesto de pesar.

—De todas formas —agregó—, consulté los anteriores. En el que se hizo cinco años atrás, el penúltimo, sí estaba.

—Ajá. Eso quiere decir que se largó de aquí.

—Lo comprobé. Y no es exacto.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—Se largó para siempre, señor Silver —me aclaró con su vocecilla—. Murió.

CAPÍTULO II

Quedé un tanto sorprendido por la noticia. Robert Manson me alargó un papelito con los pocos datos que había obtenido: su última dirección y el tiempo que llevaba muerto: tres años.

Después de despedirse de él y de Carpenter, dándoles las gracias por el interés que se habían tomado, antes de dar cualquier paso, decidí telefonear a mi cliente.

Escuché una voz cascada de mujer.

Pregunté por Deborah Parkins y me rogó que esperara un momento, a ver si la alcanzaba, pues en ese preciso momento acababa de salir.

Tuve suerte.

—¿Sí?

—¿Señorita Parkins?

—Sí, sí, soy yo.

—John Silver.

—¡Oh, señor Silver!

—Tengo noticias para usted.

—¿Tan pronto?

—No ha sido difícil.

—¿Y qué hay? —preguntó con cierta ansiedad.

—El hombre está muerto.

—Ah... —dijo únicamente, y no me pareció muy sorprendida—.

¿Cuándo y cómo murió?

—Hace tres años, pero no he profundizado en el asunto.

—¿Por qué? —El tono de su voz se endureció.

—Usted me dijo que lo localizara y ya lo he hecho. Se encuentra en el cementerio.

Resopló fuertemente.

Mi chiste no le había hecho la menor gracia.

—Quiero más datos, señor Silver; un informe completo sobre

quién era, qué hacía, cómo murió, todo eso, ¿entendido? No me importa que esté muerto.

—De acuerdo. Sólo he preferido llamarla antes de seguir adelante. Pensaba que estando muerto, tal vez no le interesara...

—No le pago para que piense, señor Silver —me cortó abruptamente—, sino para que trabaje.

—Está bien, pero todo esto lo encuentro un poco raro y me gustaría saber más. ¿Por qué ese interés, señorita Parkins?

—Creí que eso ya había quedado claro en su despacho. Es cosa mía. Yo pago, recuérdelo.

Apreté los labios, contrariado.

Ya me estaba cargando tanta alusión al cochino dinero. Por otro lado, las monedas desaparecían que daba gusto por la ranura.

—Seguro que lo hará bien —dulcificó la voz, posiblemente pensando que había sido algo dura—. Adiós, señor Silver. Tengo prisa.

Me colgó antes de que replicara.

Yo también lo hice, pero con rabia, produciendo un enorme ruido.

El que aguardaba turno me miró de una forma despectiva. Continué impassible mi camino hacia el coche.

Me puse al volante y encendí un cigarrillo. Me molestaba no conocer exactamente las razones de Deborah Parkins, aunque por otro lado ella estaba en su derecho y el trabajo no abundaba como para despreciarlo.

Tai vez indagando en la vida de Amos Fenton encontrara alguna explicación.

Gracias al funcionario, tenía su última dirección. Decidí ir allí.

Resultó ser una coqueta casita cercana al San Vicente Boulevard. Pertenecía a una especie de urbanización. Todas las de los alrededores eran iguales.

En algunas, en la entrada, había letreros indicando que se alquilaban o vendían.

Al detenerme frente a la que había sido casa de Amos Fenton, me encontré con un chaval que jugaba al balón. Al verme, cogió el esférico y corrió hacia adentro llamando a su madre.

Al poco apareció una mujer de treinta y cinco años, morena, algo desgredada.

Debía estar arreglándose en aquellos momentos.

Me miró de hito en hito.

—¿Quién es usted?

—Buenas tardes —saludé con la mejor de mis sonrisas—. Me llamo John Silver y soy detective privado.

—¿Como los de la tele? —se atrevió a preguntar el muchacho mientras yo mostraba mi identificación.

—Parecido —le respondí, para luego encararme nuevamente a la mujer—. Estoy tratando de recabar información sobre Amos Fenton, un inquilino de esta casa...

—No le conocimos.

—Pero se la comprarían a sus herederos. Quiero dar con gente que le conociera.

—Esta casa es alquilada, señor. La alquilamos hace un año. Mejor será que le pregunte al casero, míster Harrison...

No vivía lejos de allí.

Era un hombre robusto y maduro, de elegante presencia. Me atendió correctamente y no tuvo inconveniente en charlar conmigo mientras dábamos una vuelta por su cuidado jardín.

Un enorme e imponente perro lobo nos siguió en todo momento a lo largo de nuestro paseo, soltando algún que otro gruñido.

—¿En qué puedo servirle, señor Silver?

—Estoy interesado en un inquilino suyo, un tal Amos Fenton. He de hacer un informe sobre él. Pensé que usted podría ayudarme. ¿Lo recuerda?

—¿Amos Fenton? ¡Desde luego! ¡Me dio un buen disgusto!

—¿Se refiere a su muerte?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Le descubrió la mujer que iba a hacerle la limpieza. Se lo encontró tirado en el suelo, se asustó mucho, me llamó, yo acudí y comprobé que estaba muerto. Entonces avisé a la policía. Ellos se hicieron cargo de todo.

—¿Qué resolvieron?

—Accidente. Al parecer, resbaló, cayó con mala fortuna y se rompió el cráneo. Un accidente desgraciado.

—Ajá...

Leo Harrison detuvo sus pasos y se acuclilló junto al inquieto

perro, acariciándolo.

—¿Qué tal tipo era Amos Fenton?

—Muy simpático y alegre, un hombre cordial. Tenía mucho gancho con las mujeres. Era joven y bien parecido, apuesto.

—¿Tenía alquilada la casa?

—Sí, señor.

—¿Por cuánto?

—Quinientos dólares al mes.

—¿Era de aquí?

—Sí, de California.

—¿Llevaba mucho tiempo?

—Desde que comenzó la explotación de estas casitas. Tres años antes de que muriera. Ahora, seis.

—¿De qué vivía?

—Bueno, llevaba una representación de equipos y elementos para aire acondicionado y calor...

—¿Y eso le daba suficiente?

—Al parecer, sí. Desde luego vivía por todo lo alto...

Abandonó al perro y a mí se me ocurrió sacar la cajetilla de cigarrillos y ofrecerle.

El animal se puso en guardia, soltando un gruñido espeluznante.

—Tranquilo, «King» —dijo su amo.

Encendimos sendos pitillos sin mayor inconveniente. A continuación le pregunté a Harrison por posibles familiares de Amos Fenton.

—Nunca conocí a nadie. Creo que estaba solo.

—¿Y amistades?

—No recuerdo ahora exactamente. Ha pasado mucho tiempo. Pero desde luego en el vecindario tenía fama de ser un hombre con muchas visitas, sobre todo por parte del género femenino... Si quiere recabar más datos, le aconsejo que vaya a la policía. A raíz de su muerte, debieron elaborar un informe sobre él. Al menos estuvieron haciendo preguntas...

—Sí, claro —dije, pero sin mucha convicción. No tenía contactos entre los polizontes de Santa Mónica y estaba seguro de que se me cerrarían las puertas en las narices.

—O vaya al Busby Club.

—¿El Busby Club?

—Era cliente habitual. Allí encontrará gente conocida suya. Alguien quedará, seguro. Que recuerde... —hizo una pausa, chupando ávidamente el cigarrillo—, el gerente era un buen amigo; en una ocasión, me recomendó a él para que pasara una noche por todo lo alto allí...

Me sonrió de una forma significativa mientras dos chorritos de humo se escapaban por sus fosas nasales.

Le di las gracias por todo, sin llegar a estrecharle la mano por temor al perro, y, ya en mi auto, enfilé rumbo hacia el Busby Club.

Leo Harrison había tenido la gentileza de facilitarme su dirección.

Se encontraba en una esquina de la 9 th Street. Era un local bastante limpio, con poca luz, una agradable música ambiental y una colección de chicas desparramadas por la barra.

No entré lo que se dice con muy buen pie, pues en el momento en que hacía acto de presencia una rubia descarada que me había precedido se encaró a una de las morenas que se hallaban en la barra.

—¡Eres una chivata! —le espetó.

—¿Qué dices, loca? —replicó la otra.

—¡Tú me vendiste! ¡Fuiste tú!

—¡Desvarías, encanto!

—¡Maldita perra! —Se le abalanzó encima con las uñas por delante.

La otra, la morena, se defendió bravamente. Las dos se enzarzaron en una fiera pelea y, en un momento dado, llegaron incluso a impactar conmigo.

Rápidamente intervino uno de los empleados.

—¡Estáis molestando a la clientela! —Las separó con voz autoritaria.

Pero la rubia no se daba por vencida y quería marcar a la otra.

—¡Basta ya, Louise! —La golpeó el empleado—. ¡Y lárgate de aquí, no queremos verte más! ¡No nos interesan las mujeres que han tenido tropiezos con la policía, ya te lo dijo el patrón!

La rubia Louise parecía más calmada.

—¡Ella tuvo la culpa! —acusó a la otra.

—¡Vamos, no digas tonterías! ¡Lárgate!

Refunfuñando, dio media vuelta y salió del local. La morena

permaneció junto a la barra, arreglando sus cabellos y sus ropas.

—Lo siento, señor —se excusó el empleado.

—No es nada —dije.

—Burt, sírvele una copa por cuenta de la casa.

—Gracias.

—Que lo pase bien.

Burt era el barman.

Un tipo larguirucho con cara de bribón. Le pedí un *whisky* solo.

—Estoy tratando de obtener información sobre un tal Amos Fenton —le dije mientras me servía—. Me aseguraron que era cliente habitual de aquí.

—¿Amos Fenton? —repitió.

Le alargué un billete.

—No lo recuerdo —dijo, guardandoselo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el club?

—Un año.

Hice una mueca y saboreé el *whisky*. Encima, me había puesto del barato.

—¿Está el gerente del local? —decidí ir al grano directamente.

—El señor Clark aún no ha llegado.

—Está bien. Esperaré.

Bebí otro trago.

—Hola, cariño —me dijo una voz melodiosa. Miré y me encontré con la morena del jaleo. Sonreía de una forma muy traviesa. ¿Necesitas compañía?

—Estoy bien, gracias.

—Tal vez yo te pueda hablar de Fenton. Te oí nombrarlo.

—Ajá...

—Sé bueno. Invítame. He de demostrar que soy rentable o me despedirán. ¿Puedo pedir una botella?

—Okay —asentí, pensando que no me iría mal, ya que al fin y al cabo la que pagaría sería mi clienta.

Nos fuimos a un reservado.

La morena demostró ser una muñeca ardiente, de manos hábiles y aterciopeladas.

—¿Qué sabes de Fenton? —pregunté, aceptando sus caricias. Eran muy reconfortantes.

—Venía por aquí con frecuencia. Pero desgraciadamente ha

muerto. Murió hace tres años.

—Lo sé. Quiero saber de su vida.

Ella separó sus labios de mí y me miró fijamente.

—¿No serás de la bofia?

—No, encanto. Soy un privado. Estoy elaborando un informe particular para una cliente.

—¡Oh...!

—¿Qué sabes de él?

—Era un buen cliente, venía con bastante asiduidad. Era muy agradable y simpático. Lo pasabas bien con él. Era muy dado a contar chistes. Sabía a montones. Decía que era necesario en su oficio. Trabajaba como representante.

—¿Nada más?

—Murió de la forma más tonta imaginable. Se cayó en su propia casa y se partió la cabeza. Fíjate...

—Sí.

—Anda, colabora...

—¿Tenía amistad con el gerente?

—¿Con James Clark? Sí, eran amigos. Tal vez él te pueda contar más.

La chica continuó con sus carantoñas, bebiendo y haciéndome beber.

Luego quiso convencerme para pedir otra botella, pero yo desistí.

Al regresar a la barra, el larguirucho barman me señaló con un dedo.

Rápidamente se aproximó a mí un hombre de treinta y pico años, de cabellos rubios peinados hacia atrás y facciones angulosas.

—Soy James Clark —se presentó, alargándome una mano—. Me han dicho que quería hablar conmigo...

—John Silver —estreché con fuerza su diestra—. En efecto, así es.

—Amos Fenton, ¿no?

—Veo que le han informado ya...

—¿Qué pasa con él ahora, al cabo de tanto tiempo?

—Me han encargado que elabore un informe sobre él.

—¿Por qué?

—Ni yo mismo lo sé. Me limito a mi trabajo.

—Sí, comprendo. Venga, vayamos a aquella mesa. Hablaremos con mayor tranquilidad.

Un empleado se acercó solícito.

James Clark pidió un *bourbon*; yo me limité a encender un cigarrillo.

—¿Usted tenía bastante amistad con él?

—Se puede decir que sí.

—Entonces conocerá más o menos su historia. ¿De dónde era y cómo llegó hasta aquí?

—Procedía de Sacramento. Allí trabajaba para una empresa de suministros eléctricos. Luego lo destinaron a la casa de Los Ángeles. Desgraciadamente, la empresa quebró y se quedó sin empleo. Entonces encontró la representación de equipos de acondicionadores de aire...

—Sí, eso ya lo sé. ¿No tenía familia?

—Sólo su padre, allá en Sacramento, pero murió poco antes que él. Recuerdo que tuvo que ir a la capital para solucionar el papeleo.

—¿Alguna herencia?

—¡Oh, no! Su padre era pobre como un gusano. Más bien era él quien debía mandarle una cantidad todos los meses. Estaba jubilado y la pensión no le llegaba lo suficiente.

—He estado en la casa donde vivía: muy buena... y cara. Por otro lado, parece ser que llevaba un tren de vida por todo lo alto. Y además, según usted, le pasaba una asignación a su padre. ¿Daba para tanto la representación ésa?

James Clark bebió un trago, chasqueando la lengua ruidosamente.

—¿Qué dice? —insistí.

—No me gusta cotillear sobre las personas muertas...

—Yo no cotilleo, sólo pretendo saber la verdad.

—Bueno, verá... Amos tenía atracción especial para las mujeres...

—Algo de eso me han contado. Tenía gancho, ¿no?

—Sí. Le daba a todo, desde las quinceañeras hasta las casadas... con tal de que le reportaran beneficios.

—Ya. De esta forma completaba sus ingresos mensuales.

—Pero era un buen tipo. No saque por ello un mal concepto de él. Tampoco es que fuera un profesional de la cosa, ni mucho

menos.

—Y tuvo un desgraciado accidente.

—Sí, amigo. La cosa más estúpida del mundo. Un resbalón fatal. Ese día no tuvo la suerte de cara.

—Mmmm... —Apuré el cigarrillo, estrujándolo seguidamente en el cenicero.

—Los que le conocíamos nos quedamos de una pieza al saber la trágica noticia.

—¿Recuerda si tenía algún problema?

—No. En absoluto. Ya le digo que era un tipo muy abierto, con muchas ganas de vivir. Yo nunca le vi preocupado por nada.

—Bien. Eso es todo. Gracias.

—No hay de qué —me sonrió.

Decidí regresar a mi cubil.

Ya era tarde y continuar con el caso Amos Fenton me parecía una pérdida de tiempo. Todo estaba claro.

La historia de James Clark encajaba perfectamente. Mi clienta se daría por satisfecha.

La telefoneé.

—No ha venido aún —contestó la misma voz cascada de mujer de unas horas antes.

—Dígale que le ha llamado John Silver.

—John Silver, sí.

—Y que mañana por la mañana se puede pasar por mi oficina. Le tengo ya lo que quería.

—Y que mañana por la mañana se puede pasar por mi oficina —volvió a repetir. Debía estar tomando nota—. Le tiene lo que quería.

—Eso es. Gracias.

Pero, a la mañana siguiente, la que apareció por mi despacho fue una succulenta pelirroja.

Era alta, de veinticinco años a lo sumo, con un extraordinario porte. Poseía unos rasgados ojos verdes y una gran boca de pulposos labios.

Parte de sus pómulos y nariz estaban manchados de diminutas pecas.

Mostraba un semblante grave, preocupado.

—¿En qué puedo servirla? —pregunté mientras le ofrecía asiento, creyendo que se trataba de una nueva clienta. Rápidamente

me sacó del error.

—Me llamo Brenda Jones —replicó, sin moverse del sitio—, y soy amiga de Deborah Parkins, señor Silver.

Fruncí el entrecejo. Ella agregó:

—Creo que Debby ha desaparecido.

CAPÍTULO III

Perdí momentáneamente todo interés por ella, mis facciones se contrajeron y pregunté:

—¿Cómo dice?

—Creo que Debby ha desaparecido —repitió.

Después de asimilar bien aquella sorprendente noticia, la invité a sentarse nuevamente. Ahora aceptó. Yo volví a mi sillón giratorio. Estaba impresionado, pues era lo menos que podía esperar. No concebía aquello; carecía de lógica.

—¿Por qué cree eso?

—Anoche habíamos quedado citadas para cenar. Y no vino.

—Bueno, tal vez tuviera un compromiso y...

—Eso pensé —me interrumpió—. Y por ello esperé. Pero a estas horas seguía sin aparecer por la pensión. Y lo más grave y preocupante, sin dar noticias en uno u otro sentido. Al menos me debía haber telefonado para excusarse.

—Se habrá olvidado —quise justificar algo en lo cual yo no creía mucho.

—No, no. Sé muy bien lo que digo, señor Silver. Conozco a Debby. No me haría eso. Además, esta mañana debía acudir a un ensayo en los estudios de la Universal. No ha ido.

Esto último remachaba lo demás.

—Ya —dije únicamente. A continuación no se me ocurrió otra cosa más que sacar el paquete de cigarrillos y ofrecerle. Aceptó. Y los dos nos pusimos a fumar silenciosamente, observándonos y pensando a través del humo.

—¿Cómo ha dado conmigo? —pregunté de pronto.

—Fui hace un rato a la pensión para comprobar si Debby había aparecido y me dijeron que usted la había telefonado anoche. Leí su encargo. Y no me fue nada difícil encontrar su dirección en el listín.

—Ajá.

—Es extraño que ella tuviera contactos con un detective privado..., ¿o tal vez eran otra clase de relaciones?

—No, no —esboqué una sonrisa—. Asunto profesional.

—¿Estaba en problemas?

—Que yo sepa, no.

—¿Entonces por qué le contrató?

—Bueno, eso pertenece al secreto del sumario.

Sus bellos ojos destellaron contrariedad.

—Todo esto es muy raro —comentó.

—Si usted lo dice...

—Creo que debemos buscarla.

—¿Debemos?

—Un detective privado sirve para esas cosas, ¿no? —me desafió con la mirada.

—También la policía —repliqué.

—Primero intentemos localizarla por nuestros medios; tal vez sea una falsa alarma y Debby puede molestarse si avisamos a la policía. Pero de veras que estoy preocupada. ¿Qué dice, señor Silver?

—Si no me contrata alguien...

—Está bien. Yo le contrato.

—Son cien diarios más gastos.

—De acuerdo.

Me pasé un dedo por debajo de la nariz y comenté:

—Va usted muy deprisa.

—Tengo alguna idea.

—Me gustaría conocerla.

Se vino hacia mí para apagar el cigarrillo. Mientras lo hacía, dijo:

—Aún no me ha dicho si acepta.

Aproveché para observar el panorama que me ofrecía su generoso escote. Tenía unos senos macizos, redondos, blancos. Los comparé con los de su amiga y a éstos les di diez de puntuación...

—Acepto —dije.

—Muy bien —se echó hacia atrás.

—¿Cuál es la idea?

—Primero quiero saber en qué trabajaba.

—Le dije que eso es secreto profesional.

—Ahora es usted un empleado mío y el caso requiere de toda la información posible.

Nos quedamos mirando unos segundos. Continuaba con el rostro grave. Parecía no saber lo que era una sonrisa.

—De acuerdo —abrí un cajón y saqué unos papeles que había mecanografiado no hace mucho—. A lo mejor usted puede proporcionar algún dato más. Tenía que elaborar un informe sobre un tipo llamado Amos Fenton.

—¿Amos Fenton?

—Eso he dicho. Amos Fenton, de Santa Mónica.

—Hummm. No me suena.

—El tipo está muerto desde hace tres años.

—Oh.

—Tome y empápese, —le entregué los papeles. Ella los leyó con avidez, mientras mi mirada la recorría de arriba abajo. Salí de la abstracción cuando noté la quemazón en los dedos. Era el cigarrillo, consumido ya. Lo apagué.

Brenda Jones me devolvió los papeles y yo le pregunté:

—¿Qué le parece?

—Debby no pudo conocerlo.

—¿Por qué?

—Ella no vivía aquí en esa época.

—Se pudieron conocer en otro lugar.

—Debby es de Texas, de Dallas exactamente. Ese hombre era de Sacramento.

—Ajá. ¿Por qué vino ella a California?

—A probar fortuna como actriz.

—¿Y cómo se conocieron?

—Yo tenía entonces las mismas aspiraciones, pero al final me desengañé. Tal vez no tuviera la suficiente vocación. Una casa de modas me ofreció un buen empleo como modelo, acepté y aún sigo en eso. Me va bien.

—Y han mantenido la amistad.

—Sí.

—Bien —tabaleé con los dedos sobre la mesa—. ¿Qué podemos hacer? Hace unos momentos me habló de alguna idea.

—En efecto.

—¿Cuál?

—Espero que esto quede entre nosotros.

—Por supuesto.

—Debby tenía en la actualidad un amante.

Fruncí los labios.

—Pero no sé quién es —agregó—. En una ocasión le vi de refilón, rápidamente. Si volviera a encontrarme con él, posiblemente le reconocería. Debby no hablaba sobre él, se mostraba muy esquiva. Decía que le ayudaría en su carrera, yo le recomendaba que tuviera cuidado, tal vez sólo pretendiera aprovecharse de ella. Una vez discutimos acaloradamente por este tema.

—¿Y su idea en qué consiste: en totalizar al tipo?

—Sí.

—¡Pero si no tiene nada a lo que agarrarse...!

Por primera vez me dedicó una sonrisa.

—Conozco su lugar de cita...

—¿Sí? ¿Cómo?

—Se lo escuché una vez que hablaba por teléfono. Dijo: nos veremos en los *bungalows* The Bird.

—Tiene buen oído.

—Allí puede estar él —hizo caso omiso de mi comentario.

—O a lo mejor era el lugar de cita para ese día, puede que no tengan un sitio fijo.

—Los recordarán. Yo llevo una foto de Debby.

—¿Por qué no fue usted?

—Hasta ahora no había razón para hacerlo, salvo que una fuera una especie de cotilla.

—¿Y antes de venir aquí, cuando ya pensaba que su amiga ha desaparecido?

—Prefiero no ir sola.

Abrió su bolso y extrajo unos cuantos billetes que me alargó.

—Un anticipo —dijo.

Miré el dinero pensativamente. Presentí que podía meterme en un buen lío.

—Démonos prisa, por favor. Dentro de poco rato tengo un pase de modelos.

Tomé la paga y le firmé un recibo.

—Gracias, señor Silver.

Sólo faltaba que ésta también desapareciera y luego surgiera una morena interesándose por las dos, me dije con buen humor. Seguidamente me puse en pie y los dos salimos de mi oficina. Ya en el ascensor le pregunté:

—¿Sabe dónde se encuentran esos *bungalows*?

—Sí. Cerca de la Universidad.

Tomamos mi coche, pues ella no tenía medio de transporte propio. Los *bungalows* The Bird se encontraban a la altura del barrio de Westwood, entre la Universidad y el Wilshire Boulevard, tras serpentear una suave colina.

Abandonamos el Chevy en la playa de estacionamiento, y nos dirigimos hacia el edificio central. Allí nos encontramos con un curioso sujeto de mediana edad, de rostro sanguíneo, pelo alborotado, vestido con una camisa a rayas y unos pantalones vaqueros, que sujetaba con tirantes color amarillo limón. Se entretenía masticando tabaco.

—¿Un *bungalow*?

—No, gracias —rechacé amablemente—. Andamos buscando a una amiga. Se llama Deborah Parkins y...

Mi nueva clienta se adelantó a mis palabras sacando la foto de su amiga.

—Ésta es —se la mostró al encargado.

El tipo la requete miró sin dejar de mover las mandíbulas.

—Muy guapa —comentó.

—¿La conoce? —pregunté impaciente.

—Nunca olvido a mujeres así. Ha venido por aquí, en efecto. Muy guapa, sí señor.

Brenda Jones casi le tuvo que arrebatarse la foto.

—¿Viene con frecuencia?

—Últimamente, sí.

—¿Ahora está aquí?

—No, señor.

—Pero ¿sabe a qué *bungalow* va?

—Desde luego. Al quince.

—¿Siempre al mismo?

—Claro. Ese *bungalow* está alquilado desde hace casi un año por la misma persona. Vive ahí.

—Gracias. Muchas gracias.

Dimos media vuelta para encaminarnos hacia la salida. Yo me había tomado la libertad de coger por el brazo a Brenda Jones.

—¡Eh! —nos llamó enseguida el encargado. Giramos sobre nuestros talones y le vimos darle un nuevo bocado a la pastilla de tabaco—. No se molesten en ir, señores. Ahora no hay nadie en el *bungalow*.

Nos quedamos mirando y ella apretó los labios contrariada. Yo le pregunté al encargado:

—¿Tendría inconveniente en decirnos quién es él?

—¿El? —Arqueó una ceja, dejando por vez primera de mover las mandíbulas.

—El que lo tiene alquilado —aclaré.

—Está equivocado, señor. No se trata de él, sino de ella.

—¿Nuestra amiga?

—No, no. La amiga de su amiga.

CAPÍTULO IV

—¿Una mujer? —Galleó Brenda Jones.

—Sí, señora —asintió con una risita burlona el encargado—. ¿No lo sabían?

Los dos volvimos sobre nuestros pasos para aproximarnos nuevamente a él.

—¿Quién es ella? —pregunté.

—Bueno, eso... —Se hizo el remolón.

—La pastilla se le está acabando —observé alargándole un billete de diez dólares—. Tome, piara otra.

El tipo sonrió.

—Se trata de Susan Garrett.

Consulté con la mirada a mi joven acompañante. El nombre le decía tanto como a mí: nada.

—Ese *bungalow* lo tiene alquilado desde hace casi un año —siguió explicando el encargado—, desde que comenzó sus cursos en la Universidad. Así le pillá cerca.

Tomé la foto y se la mostré de nuevo.

—¿Y seguro que allí va ella?

—Oh, si señor. ¿Por qué iba a engañarle? Va a visitar a la señorita Garrett. Pero no es la única. La señorita Garrett tiene muchas visitas, chicos y chicas, sobre todo compañeros de la Universidad:

—¿Cómo es esa tal Susan Garrett?

—Una chica medio loca, no creo que haya cumplido aún los veinte años. Organiza muchas fiestas y escándalos con sus compañeros, creo que hasta fuman porros; todo menos estudiar. Pero no hay más remedio que aguantarla.

—¿Por qué?

—Por ser hija de quien es.

—No lo haga interesante, amigo. Diga quién.

—¿No han oído hablar del senador Walter Garrett? Es su padre. Al entrar ella en la UCLA, alquiló este *bungalow*[1].

—¿No sabe cuándo vendrá por aquí?

—Cualquiera sabe —se encogió de hombros—. Está como una cabra. Se marcha y aparece cuando quiere. Ayer tarde estaba aquí. Incluso esta noche parece ser que hubo movimiento, pues algunos vecinos se me han quejado. Pero cuando fuimos a limpiar, no había ya nadie.

—¿Dónde podríamos encontrarla?

—Yo qué sé. Pregunté a su padre.

—¿Sabe dónde vive?

—Sí. En Santa Mónica.

—Una curiosa coincidencia —comenté cuando ya nos encontrábamos en el coche.

Ella me miró preocupada.

—¿Piensa que tiene algo que ver con el asunto de Amos Fenton?

—No sé. Pero resulta sospechoso que su amiga Debby me encargue investigar a un tipo de Santa Mónica y luego ella tenga relaciones con gente de esa ciudad.

—Puede ser una casualidad.

—Puede ser —acepté sin mucha convicción—. Por otro lado, no está claro eso del amante...

—Ella tiene un amante, seguro.

—Pues, si aquí vive una mujer...

—¿No estará insinuando que ella es una lesbiana? —barbotó ofendida.

—No... —dije tímidamente.

—El amante es un hombre.

—¿Cómo se explica entonces?

—Ya lo comentó el encargado. Viene mucha gente a ese *bungalow*. Cualquiera puede ser.

—O sea, tienen el *bungalow* de Susan Garrett alquilado como lugar de cita. ¿Por qué?

—No lo sé, pero usted tendrá que averiguarlo, señor Silver —consultó su reloj de pulsera—. Se me hace tarde. ¿Puede acercarme al Country Club?

—Sí.

La llevé hasta allí sin cruzar palabra alguna más, cada cual con sus propios pensamientos.

—Cuando termine, quisiera entrar en contacto con usted para saber cómo van sus investigaciones —me dijo ella antes de descender del auto.

Le entregué una de mis tarjetas de visita.

—Llame antes —le dije.

—¿Va a ir a Santa Mónica?

—No hay otra pista. Hablaré con esa chica. Ella puede aclarar algunas de nuestras dudas, incluso puede saber dónde se encuentra su amiga Debby.

—Suerte, señor Silver.

Me dedicó una amable sonrisa y luego bajó y se alejó hacia la entrada del Country Club. Una vez desapareció de mi vista, giré el volante y emprendí la marcha hacia Santa Mónica.

No me fue muy difícil localizar la dirección del senador Walter Garrett. Poseía una lujosa finca en el Wilshire Boulevard, bien cercada y protegida.

Después de salvar a una serie de empleados de tercer orden, quedé encarado a un hombre alto y delgado, de mediana edad, que dijo ser Lewis Loggia, el secretario particular del senador.

—Me temo que no va a poder hablar con la señorita Garrett, míster Silver.

—¿No está aquí?

—Sabe que sí —respondió de mal humor. No parecía haberle hecho mucha gracia que uno de los empleados de tercer orden se hubiera ido de la lengua—. Pero se encuentra indispuesta.

—Ajá...

—Lo lamento —hizo un gesto ampuloso con las manos—. Martin le acompañará hasta la puerta.

—Espere. Hablaré entonces con el senador...

—El senador está muy ocupado.

—Se trata de su hija. Dígaselo.

El secretario me miró con los labios apretados, luego dio media vuelta y desapareció. Me tuvo más de un cuarto de hora de pie en el vestíbulo, contemplando los cuadros, la gran araña y la alfombra. Cuando regresó, me hizo una indicación para que le siguiera.

Salimos al jardín, bordeando una magnífica piscina de aguas

limpias y alcanzamos una zona de verde césped en la cual, bajo una sombrilla de colorines, se encontraba un hombre en *shorts*, tumbado en una hamaca, leyendo un grueso libro sobre economía de mercado.

El senador Garrett era un hombre como mucho, de cincuenta años de edad, de escasos y entrecanos cabellos, nariz grande y ancha, ojos negros y mentón afilado. Poseía mucho; vello por su semidesnudo cuerpo, casi tanto como un oso.

—Bien, señor Silver —cerró el libro, observándome de arriba abajo—. ¿Qué quiere?

El secretario permaneció a su lado como una especie de convidado de piedra.

—Se trata de su hija.

—Eso me dijo Lewis. ¿Hay alguna querella? ¿Se ha metido en algún lío? Si es así, mi secretario se encarga de esas cosas. No hace falta molestarla a ella ni a mí.

—No es nada de eso.

Se acomodó mejor en la hamaca, inquieto.

—¿De qué va el asunto?

—La verdad es que se trata de algo personal, señor Garrett, insisto en que me gustaría hablar con su hija.

—Ya se le ha dicho que... —terció el secretario.

—Ahora se lo pido a él.

—Mi hija no se encuentra bien, señor Silver.

—No la molestaré mucho sólo es un minuto, hacerle un par de preguntas.

—Lo siento. No puede ser.

—¿Qué le pasa?

—Está indispuesta. Y ha de recuperarse para mañana tarde que celebramos una fiesta.

—Esto es importante. Posiblemente más que esa fiesta que piensa celebrar.

—Tal vez. Pero yo me limito a obedecer las indicaciones de nuestro médico. Le ha prohibido visitas, molestias, sobresaltos. Necesita descanso.

—¿Qué es lo que tiene?

—Eso no le importa, señor Silver. Me parece que terminó su tiempo.

—Aún no.

—El senador le... —intervino de nuevo el secretario, ahora tomándome de un brazo fuertemente.

—Ya lo escuché —me desasí violentamente de la zarpa—, pero yo no he terminado. Ya que no puedo ver a su hija, le preguntaré a él.

—Déjalo, Lewis.

—Senador Garrett, al parecer su hija tiene un *bungalow* alquilado cerca de la Universidad, ¿es así?

—En efecto.

—Sólo para ella.

—Desde luego.

—¿No ha oído hablar de Deborah Parkins?

—No —respondió rápidamente.

—¿Seguro?

—Sí.

Le miré con fijeza.

—¿Lo ha pensado bien? —insistí.

—¿Acaso no cree en la palabra del senador? —terció belicosamente el secretario.

—Por supuesto que sí.

—¿A qué viene este interrogatorio, señor Silver? —preguntó el senador, removiéndose nerviosamente en la hamaca. El libro estuvo a punto de caer de sus manos—. No me gusta ser descortés y es por eso que le estoy aguantando. Pero toda situación tiene un límite.

—Esa mujer que le he nombrado, Deborah Parkins, solía visitar a su hija en el *bungalow*.

—Bueno, ¿y qué? Mi hija tiene muchas amistades, le gustan las fiestas, los jaleos, en muchas ocasiones se han quejado de ella. Por eso en un principio pensé que representaba a alguien a quien había molestado. Susan tiene diecinueve años y sólo piensa en divertirse.

—Muy loable...

—¿Qué desea realmente, señor Silver?

—Trato de encontrar a Deborah Parkins. Por eso quiero hablar con su hija.

—Ya.

—Ella y Deborah Parkins se conocían. Tal vez sepa algo de su paradero.

—Tendrá que esperar a que se recupere. De veras lo lamento, señor Silver. ¿Ha desaparecido esa mujer?

—Sí.

—Dele su teléfono a Lewis. Si supiéramos algo de esa mujer, le avisaríamos. En cuanto mi hija se encuentre mejor, yo le preguntaré. Es todo cuanto puedo hacer, señor Silver. Buenas tardes.

Seguidamente abrió de nuevo el libro, desentendiéndose de mí. Era la despedida.

Me quedé mirándole, contrariado. Me fastidiaba tener que abandonar aquella casa sin haber aclarado el asunto del *bungalow* y de las citas. Estaba convencido de que la chica, la hija del senador, podía darme algunas respuestas.

—Lew... —susurró el político.

Su secretario se movió al instante, haciéndome una seca indicación para que echara a andar. Era estúpido violentar más la situación, el único que podía salir perdiendo era yo, teniendo en cuenta dónde me encontraba y la influencia que podía tener Walter Garrett, así que apreté los labios y emprendí el camino hacia la salida.

Desde luego, me dije, era una finca paradisíaca, donde se podía leer dulcemente sobre la economía de mercado mientras otros, en sucias cabañas, rodeados de una mujer y unos hijos harapientos, luchaban cruelmente contra el hambre que producía en sus esferas la economía de mercado.

Es la vida, concluí con la filosofía barata del mortal medio, al que ni le va ni le viene, aparentemente, y gracias al cual todo sigue rematadamente mal.

Cuando rodeábamos la casa, ya camino de la verja de entrada, escuchamos un grito que me sacó de la abstracción:

—¡No, señorita Garrett!

Los dos giramos el rostro al mismo tiempo y vimos a una joven completamente desnuda que se balanceaba peligrosamente sobre el alféizar de una ventana del segundo piso de la casa.

De pronto, se lanzó de cabeza al vacío.

CAPÍTULO V

Lewis Loggia, el secretario particular del senador, y yo echamos a correr desesperadamente en el justo momento en que la muchacha se arrojaba, mientras los gritos de la invisible mujer arreciaban.

Milagrosamente llegamos a tiempo de frenar su caída con nuestros brazos, y los tres rodamos por tierra en confuso montón. Desde luego, aparte de evitar que estrellara la cabeza contra el suelo, amortiguamos considerablemente el golpe de la muchacha.

Susan Garrett era, como su padre ya me había indicado, una joven de diecinueve años. Pero lo que yo no sabía es que era rubia y que estaba muy bien formada. Sus ojos azules miraban de una forma casi alucinada, como si estuviera drogada. De repente, se puso a chillar histéricamente, dando sin ton ni son zarpazos y patadas, queriéndose desprender de nosotros. El secretario del senador no tuvo ningún remordimiento ni consideración y la golpeó con fuerza, más de lo que se había llevado, dejándola inconsciente.

El senador, que debía haber escuchado el escándalo, ya venía corriendo, muy pálido. De la casa habían salido una mujer de mediana edad, vestida de enfermera, y un hombre maduro, de sienes plateadas, carirredondo, que resultó ser el médico de los Garrett. La reconoció al instante: no tenía nada roto por supuesto, y ordenó que se la llevaran.

—Sufre un desequilibrio nervioso —fue la explicación que recibí.

—¿Por qué?

—Está en una edad difícil. Tiene problemas de personalidad. Son cosas que les ocurren a los jóvenes de hoy día.

—¿Es hija única?

—No. Tiene un hermano mayor, casado, que vive en Hollywood, dedicado a las cosas del cine. Ella se crió prácticamente sin madre,

pues murió cuando tenía siete años.

—Ajá...

—Muchas gracias, señor Silver —interrumpió nuestro diálogo el senador—. Ha sido muy amable.

—No hay de qué.

—Ya ha visto cómo está. ¿Comprende por qué no podía dejarle hablar con ella?

No respondí, observando cómo se llevaban a la muchacha igual que una muñeca rota. El médico y el padre fueron detrás. Me quedé nuevamente solo con el secretario. Entre los dos habíamos salvado posiblemente una vida, pero continuábamos sin simpatizar mutuamente.

—Vamos —dijo.

Y fui.

Me senté en el auto y me puse a meditar en todo ello. Era muy extraño el asunto. ¿Dónde se podía haber metido Deborah Parkins? ¿Qué le ocurría realmente a Susan Garrett, únicamente problemas de personalidad, y si era así, a qué eran debidos? ¿Y Amos Fenton, qué podía pintar en todo ello?

Con estas preguntas danzando en mi mente, llegué hasta un *snack* bar. Allí pedí unas hamburguesas y una cerveza. Comí y bebí sin dejar de pensar. No conseguí aclarar nada. Pagué de mal humor, soltando un eructo, y me fui de allí con fama de antipático y de guarro.

De nuevo en el coche, continué con el rompecabezas. Al final llegué a la conclusión de que, ya que me encontraba en Santa Mónica, debía aprovechar el viaje. Decidí hablar nuevamente con James Clark, el único amigo de Amos Fenton que yo conocía. Se me ocurrían unas cuantas preguntas que hacerle.

El club estaba semicerrado. Los empleados se ocupaban de prepararlo todo para la apertura un par de horas después. Algunas de las chicas ya estaban allí, como por ejemplo la morena de la cual no había llegado a saber su nombre. Nos saludamos mutuamente con una sonrisita.

Le pregunté al larguirucho por James Clark y me informó que no se encontraba allí y que no acudiría hasta bien entrada la noche, como era costumbre en él. No tuvo ningún inconveniente en facilitarme su dirección.

Vivía junto a la playa. Pero antes de llegar allí tuve un serio y sorprendente tropiezo.

No me fijé en aquel coche, un potente «Buick», hasta que, al adelantarme por la izquierda, observé que no me sobrepasaba. Se quedaba a mi altura.

Entoncesladeé la cabeza y me encontré con una pistola que me apuntaba.

Dejé automáticamente de sentir interés por el ocupante del auto. El disparo sonó al mismo tiempo que agachaba la cabeza. Perdí la dirección y mi coche se salió brusca y locamente de la cinta asfaltada, dando unos cuantos brincos sobre la cuneta, hasta que se detuvo. Los cristales rotos de la ventanilla yacían sobre mí, como prueba de que aquello no había sido un sueño.

Poco a poco, con bastante miedo, me asomé. El «Buick» había desaparecido. Varios autos se paraban para saber lo que había ocurrido, interesándose por mi estado.

—¿Qué le ha pasado?

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí...

—¡Le han tiroteado! —exclamó asustada una mujer.

El balazo de la ventanilla era de una elocuencia aplastante.

—Habrá que avisar a la policía...

—Es igual —rechacé—. Tengo prisa. He de presidir una reunión de negocios. Debían ser unos locos gamberros...

Logré convencerlos, puse el coche en marcha y continué camino en dirección a James Clark. Cada vez que pensaba en el asalto de que había sido víctima, me estremecía. Yo no era un hombre de acción; las pistolas y los puñetazos quedaban para los detectives de ficción. Ni siquiera tenía licencia para armas. Lo sucedido me hizo meditar muy seriamente sobre el asunto que llevaba entre manos. No era una broma, no era un caso vulgar. Aquello había sido un aviso. La próxima vez...

¿Había hecho bien dando de lado a la policía? La verdad era que no quería problemas, papeleos, preguntas molestas... Pero el caso había tomado unos visos de gravedad que...

Tirando y aflojando conmigo mismo, llegué al lugar donde vivía James Clark, una pequeña y coqueta casa, cara al mar, que le debía haber costado un buen puñado de dólares. Miré a todos lados,

receloso. Finalmente me decidí a bajar del auto y alcancé la puerta.

Pulsé el timbre varias veces sin dejar de observar mi entorno. Me preocupaba el tipo del «Buick». Pues conductor y tirador eran la misma persona; de eso me había dado perfecta cuenta. Lo tenía grabado como un clisé en la mente, con la zurda dominaba el volante y con la diestra, cruzada sobre éste, empuñaba la pistola. ¿Cómo era? Me había parecido joven, de cabellos morenos o castaños... No recordaba más.

Por fin, la puerta se abrió y apareció James Clark envuelto en un batín y con cara de malas pulgas.

—¿Usted? —exclamó—. ¿Qué pasa?

No le había hecho gracia que le interrumpieran el sueño.

—He de hablar con usted.

—¿Ahora? Estaba descansando.

—Sí. Es importante.

—Pero...

—Mire. No tengo ganas de perder tiempo. Acaban de tirotearme y no estoy para bromas.

—¿Tirotearle? —balbució.

Empujé la puerta, aprovechando su sorpresa, y entré.

—Sí, amigo. Lo que había empezado como una simple y rutinaria investigación se está complicando a pasos agigantados.

—Bueno, pase...

Yo ya me colaba hacia el interior. Tomé asiento en una de las butacas del salón, mientras él permanecía en pie, frente a mí, con las manos en los bolsillos del batín. Parecía, además de molesto, un poco nervioso.

—Quiero sinceridad por su parte, Clark —dije.

—Cuando hablamos, le conté todo lo que sabía...

Escuché un leve ruido a mi espalda y, gracias al búcaro que tenía a mi derecha, pude observar cómo una puerta se entreabría y aparecía el rostro de una mujer morena, desconocida para mí.

—Espere un momento —dijo entonces el dueño de la casa, que por estar de cara se debía haber percatado enseguida de la presencia de la mujer, la cual ya había desaparecido, cerrando la puerta.

Sin tener que volverme, pude observar cómo James Clark se colaba en la misma habitación donde se encontraba la mujer. Decidí

encender un cigarrillo, pensando que si la hembra era un buen bocado, lógico que estuviera molesto con mi inoportuna aparición.

Regresó junto a mí al cabo de un minuto, sin ningún cambio externo.

Le dediqué una voluta de humo.

—Le ruego que sea rápido, Silver —dijo, forzando una sonrisa—. Tengo... visita.

—Oh, sí, comprendo.

—¿Qué tengo que ver yo con su asunto?

—Han sucedido cosas de ayer a hoy; tengo nuevos datos y me gustaría comentarlos con usted.

—¿De qué se trata?

Me dio la espalda para abrir una especie de cofre que tenía sobre una mesa ratona. Extrajo un purito largo y delgado, que encendió con el fuego que yo lo ofrecí.

—Yo andaba recopilando información sobre Amos Fenton... y de repente mi cliente ha desaparecido. He pensado que tal vez usted la conociera... de los tiempos de Fenton.

—¿Quién es?

—¿Deborah Parkins?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Eché mano de mi bolsillo derecho y extraje la foto de ella, la que tenía Brenda Jones, y que yo me había quedado hábilmente. Se la mostré.

—No, no la conozco.

—¿Seguro?

—Mujeres así no se olvidan.

—Ya —me guardé la fotografía—. ¿Y qué le dice el nombre de Brenda Jones?

Se encogió de hombros.

—Nada.

—Pues es todo muy extraño. De repente una mujer quiere saber de un tipo que murió de una forma accidental tres años atrás, y ella desaparece. El detective que investiga el asunto, yo, es tiroteado...

—Realmente no sé a dónde quiere ir a parar, Silver.

—Me gustaría que usted hiciera un esfuerzo y tratara de recordar si Amos Fenton andaba metido en líos.

—No.

—Amos era un hombre que odiaba los problemas, creo que ya se lo expliqué ayer. Le gustaba vivir y dejar vivir. Sus únicos líos eran las faldas, pero los sabía llevar con discreción y habilidad.

—Como usted —le miré fijamente.

James Clark sonrió.

—Lo procuro.

—¿Usted también saca dividendos extras de eso?

La sonrisa se le borró al instante.

—Está yendo demasiado lejos, Silver —silabeó.

—Sólo es curiosidad.

—Déjela a un lado. No sé más, Silver, se lo juro. Amos vivía una vida apacible y feliz, sin problemas, sólo los justos de cualquier sencillo mortal.

—De acuerdo —me puse en pie, apagando el cigarrillo en el cenicero de cristal.

James Clark echó a andar hacia la salida, yendo yo detrás de él recriminándome lo poco que había sacado en claro con esa visita.

—Silver... —me dijo, alargándome la diestra—. Sepa que no tengo nada contra usted.

Antes de despedirme y aceptar su mano, me acordé de otra cosa.

—Por cierto, ¿le suena el nombre de Susan Garrett? Es otra persona que tiene que ver con el asunto, no sé si directa o indirectamente.

—¿Susan Garrett? ¿Garrett? ¡Oiga, ahora recuerdo...!

—¿Qué?

—Hubo un tipo que apareció por el club y discutió acaloradamente con Amos, una semana o dos antes de que muriera. Tuvimos que separarlos. Era un jovencuelo muy violento. Yo quise demandarlo por escándalo, pero Fenton y otros que le conocían me convencieron para que lo dejara en paz.

—¿Por qué?

—Porque era hijo de un tipo importante, un senador si mal no recuerdo, el muchacho se llamaba Garrett, desde luego. Frank Garrett.

CAPÍTULO VI

Aquel tipo debía ser, sin lugar a dudas, el hijo varón del senador, el que estaba casado y vivía en Hollywood dedicado a las cosas del cine, tal como me había contado el doctor de la familia.

Opté por regresar a mi oficina. Ojo avizor todo el trayecto, por si acaso. Todavía me seguía preocupando el atentado de que había sido objeto. ¿Por qué? ¿Quién?

Pero ahora tenía otra cosa en la que pensar. Insospechadamente, el nombre de los Garrett tenía que ver con Amos Fenton. Y ambos se relacionaban a la vez con la hasta ahora desaparecida Deborah Parkins. Todo muy extraño. Había tratado de que James Clark me explicara el porqué de aquella discusión, pero no recordaba detalles. Tal vez, como él mismo me dijo, ni siquiera se comentó la razón de la pelea.

Cuando llegué a mi despacho, lo primero que hice fue comprobar si había algún recado en el contestador automático. Nada. Luego cogí el listín de Hollywood y enseguida encontré el nombre de Frank Garrett. Vivía en la Vine Street. No me pillaba muy lejos.

Antes de salir para allá, descolgué el teléfono y marqué el número de la pensión de la señora Crawford. Cabía la posibilidad que durante las últimas horas hubiera aparecido Deborah Parkins.

Escuché la misma voz cascada de anteriores ocasiones. Pregunté por mi primera clienta y la mujer me contestó que seguían sin tener noticias de ella. De pronto, me acordé que tal vez fuera interesante echarle una mirada a su habitación, pregunté si había algún inconveniente, me dijo que no, y prometí estar allí en un momento.

La señora Crawford resultó ser una mujer de más de sesenta años, de edad, de cabellos grises y un rostro ovalado fuertemente maquillado, tratando de ocultar algo prácticamente irreversible.

—Brenda me habló de usted. Dijo que se iba a hacer cargo de la

investigación.

—Sí. ¿Ella ha llamado aquí?

—Antes que usted. Y por la misma razón.

—Ajá...

Se mostró muy amable y me llevó hasta la habitación de Deborah Parkins. Era una pieza grande, limpia y muy femenina. Todo estaba en perfecto orden. La señora Crawford no se movió de la puerta mientras yo registraba cuidadosamente el lugar, sin ningún resultado positivo. Lo más que encontré fueron unos cigarrillos de marihuana.

—Estoy preocupada —me comentó la dueña de la pensión—. Creo que debía llamar a la policía.

—Espere aún unas horas.

—No sé...

—¿Tiene usted alguna sospecha de lo que le puede haber sucedido?

—Ya lo hablé con Brenda. Ella es buena amiga de Debby. Se conocieron aquí cuando Brenda quería ser actriz. Y la verdad es que no se me ocurre nada. Yo no me meto en la vida privada de mis huéspedes y por tanto es poco lo que sé de las chicas.

—Ya. Tengo una pregunta difícil de hacer, pero no tengo más remedio que hacerla, señora Crawford. Brenda lo ha negado, pero hay que comprender que es su amiga y que ya no vivían juntas...

—¿Cuál?

—¿Mostraba desviaciones sexuales?

—¿Qué... qué quiere decir?

—Si tenía interés por otras chicas. Si era lesbiana, vamos.

—No, no. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Olvídalo. Gracias. Continuaremos en contacto.

Poco después, aparcaba mí «Chevy» cerca de la casa de los Garrett, en Hollywood. Tras pulsar el botón del timbre, escuché una voz femenina que decía: «¡Yo iré, Melissa!» y al instante siguiente se abrió la puerta.

Me encontré con una mujer de unos veinticinco años de edad, de mediana estatura, morena, algo delgada. Vestía un elegante traje de noche negro y lucio varias joyas que cegaban. Sus ojos oscuros, muy pintados, me miraron escrutadoramente.

—¿Quién es usted?

—Me llamo John Silver —saqué mi identificación—. Soy detective privado.

—¿Un detective privado? —Se cercioró, mirando muy bien mi carnet—. ¿Qué sucede?

—Estoy realizando una investigación. Necesito hablar unos instantes con el señor Garrett.

—Lo lamento, pero mi marido no está.

—¡Oh, vaya! ¿Tardará mucho?

—Le estoy esperando. Tenemos que ir a un estreno esta noche.

—Entonces, ¿no le importaría que aguarde?

Vaciló.

—Es importante lo que he de hablar con él.

—Si es así... Está bien, pase.

Me franqueé el paso, conduciéndome hasta un pomposo salón. Me ofreció asiento y un cigarrillo. Lo acepté todo dándole las gracias.

—Su marido trabaja en el cine, ¿no? —comenté tratando de pegar la hebra y romper un poco la tensa situación silenciosa que habíamos creado, observándonos mientras fumábamos.

—Sí. Es productor.

Ella había ocupado otra de las confortables butacas, cruzando las piernas. El vestido tenía una traviesa raja en el lado izquierdo y permitía no sólo eso, sino también mostrar la perfecta línea de su pierna.

—Pero su padre es un senador importante. ¿No le interesa la política?

—¡Oh, no! Frank la detesta. Y no es un secreto lo que le estoy diciendo. Todo el mundo lo sabe. Frank tomó la parte de la herencia que le correspondía de su difunta madre y se lanzó al mundo de la producción, al principio asociado a mi padre, luego por su cuenta...

—¿Así que usted tiene que ver con el mundo cinematográfico, señora Garrett?

—Bueno, mi padre es el promotor Samuel J. Dobson.

—¿Es usted de Santa Mónica?

—Sí. Yo conocí allí a Frank, en una fiesta...

—Yo tenía allí un amigo, Amos Fenton, ¿no le suena el nombre?

—Pues la verdad es que no recuerdo —dijo mostrándose muy

natural.

—Ya.

Me puse en pie para aproximarme al cenicero y apagar el cigarrillo a medio consumir. Detesto los mentolados.

—¿Acaso debo conocerlo?

—Bueno, podía conocerlo. Su marido, desde luego que sí. Precisamente he venido para preguntarle sobre él.

—¡Oh...!

Di unos cuantos pasos por el salón, contemplando los cuadros que colgaban en las paredes.

—¿Le gusta la pintura?

—No mucho.

—¿Qué le gusta a usted?

Ahora su voz había sonado más cerca. Me volví y me la encontré a un palmo de distancia. Se había levantado para apagar su pitillo, aprovechando para aproximarse a mí.

—No lo sé hasta que no lo he experimentado —respondí sin darme cuenta en aquellos momentos del doble significado de la frase.

Sus ojos adquirieron un brillo especial.

—¿Sabe que se parece a esos detectives de las películas policíacas?

—Será en el físico...

Inopinadamente me echó los brazos al cuello y acercó su roja boca poco a poco, acariciándome primeramente con su aliento y más tarde con sus carnosos labios. Fue ella quien me besó, sin que yo mostrara interés a favor o en contra. Permanecí inmutable y ella se separó un tanto violenta.

—Pensará que soy una inmoral.

—No.

—O una loca...

—Tampoco.

—¿Entonces...? —Alzó la barbilla. Un ligero rubor coloreaba su rostro.

—Pienso que le debe suceder algo.

No me replicó de momento, me ofreció su espalda desnuda y caminó hacia la cigarrera. Volvió a encender un pitillo.

—Si —dijo al fin, sin mirarme—. ¿Sabe lo que es una mujer

insatisfecha? Últimamente no van bien las cosas. Mi marido está absorbido por el trabajo, apenas me hace caso, salvo para sacarme a actos oficiales, como el de esta noche, el estreno de su última producción...

—La entiendo.

—No, no lo puede entender. Llevo mucho tiempo pensando en echarme un amante, así fríamente, hay oportunidades a montones. Otras muchas lo hacen, incluso sin tener problemas en su matrimonio. De repente, se me ha ocurrido hacer la prueba con un desconocido como usted. Hubiera sido peor con un amigo. No, no sirvo. Debo haber parecido la más estúpida de las mujeres. Supongo que esas escenas sólo les salen bien a las actrices que contrata mi esposo.

—Y a las que lo sienten.

Giró para encararme y forzó una sonrisa.

—Gracias.

—Ahora olvídelo.

—Sí. Olvidar. Eso es lo que estamos tratando de hacer todos, todos los días. ¿Quiere un *whisky*?

—No, gracias.

—Bueno —se llevó la mano en la que tenía el cigarrillo a la frente y forzó otra sonrisa. No sabía cómo continuar—. Creo que voy a ir a retocarme un poco...

—Como quiera.

Justo en esos instantes sonó un portazo y ella respingó. Yo me apresuré a limpiarme el carmín de los labios. Enseguida apareció ante nosotros un hombre de veintiséis años, alto y elegante, que parecía una copia rejuvenecida del senador Garrett.

—¿Ya estás lista, querida? —preguntó. Luego se percató de mi presencia y me miró, al mismo tiempo que su mujer decía:

—Tienes visita, Frank.

—¿Quién es?

—Se llama John Silver y es detective privado. Dice que quiere hablar contigo de algo importante. Os dejo solos.

Estreché su mano cuando ella ya había salido del salón.

—Usted dirá... Le ruego brevedad.

—Voy a ir al grano, señor Garrett. Estoy realizando una investigación sobre un hombre que murió en Santa Mónica hace

unos tres años. Ese hombre se llamaba Amos Fenton.

Sólo parpadeó. Y preguntó:

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Usted le conocía.

—No recuerdo...

—Yo le refrescaré la memoria —sonreí sin dejar de observarle.

No se mostraba muy seguro y había comenzado a apretujarse las manos—. Tuvo usted una violenta pelea con él en el Busby Club, ¿no recuerda?, poco antes de que muriera...

—No sé a qué viene todo esto, señor Silver.

—Es muy simple: me han encargado un informe sobre la vida y milagros de ese hombre, Amos Fenton, y estoy hablando con todas aquellas personas que tuvieron algo que ver con él. Usted fue una de ellas.

—No, se equivoca...

—Vamos, recuerda usted perfectamente. Se le nota.

—¿Quién le ha encargado eso?

—Practico el secreto profesional, señor Garrett. Lamento no podérselo decir.

—Pues yo tampoco...

—Alto. Tengo testigos. Hay gente que todavía le recuerda, como el gerente del local. No presentaron querella contra usted por ser hijo de quien es. Yo creo que debía colaborar conmigo...

—Bueno.

—Es lo mejor, señor Garrett. Sólo busco información. Usted me la da y yo me marchó.

—La verdad... la verdad es que por el nombre no me acuerdo. El incidente, sí. Yo entré allí a tomar una copa y me lo encontré. El tipo parecía tener ganas de camorra, sí, y yo estaba muy nervioso; tenía problemas personales...

—¿Por qué?

—Mi padre me había matriculado en Harvard, quería que fuese allí a estudiar y a mi maldita la gracia que me hacía. Tenía ganas de emborracharme, tal vez también estuviera deseoso de bronca. Bueno, los dos nos juntamos y... y la organizamos. Pero la sangre no llegó al río. Enseguida nos separaron y yo me fui de allí al momento.

—¿Entonces usted no le conocía?

—No.

—Pues a mí me han asegurado que Fenton le conocía; él fue quien dijo cuál era su personalidad...

—En Santa Mónica me conocía mucha gente como el hijo del senador. No es extraño. Pero yo no le conocía a él. De veras. Ahora —consultó su reloj de pulsera—, haga el favor. Vamos a llegar tarde al estreno...

Me encontré con la puerta abierta y salí de allí no del todo convencido. El trabajo de uno es duro, ingrato y paciente, estoy acostumbrado a ello. No se puede andar por la vida dando golpes a diestro y siniestro para que la gente hable lo que uno cree que sabe. Sólo el temor a que paguen justos por pecadores me impide desarrollar esa forma de acción, tan popularizada por algunos colegas y policías. Eso sólo hace que igualarnos a los de la otra acera.

Volví a mi oficina pensando en todo ese maldito embrollo. Los nombres de todos los personajes danzaban por mi mente sin orden y concierto. Era como uno de esos endiablados *puzzles* con los que uno jugaba de pequeño. ¿Cómo ordenarlo? ¿O faltaban piezas?

La noche era oscura como boca de lobo; también algo fría. La posibilidad de que el misterioso asesino volviera a aparecer todavía me atemorizaba y era por eso que no dejaba de vigilar mi entorno.

Hollywood parecía un lugar ruidoso y alegre, con mucho movimiento, pero no había que fiarse porque eso precisamente podía ayudar a un posible criminal.

Llegué a mi despacho sin ninguna novedad y en primer lugar me preparé un café. Luego comprobé el contestador automático. Me extrañaba que Brenda Jones aún no hubiera dado señales de vida.

Escuché su voz. Y eso fue como un bálsamo revitalizador. Me anunciaba que tenía importantes noticias que comunicarme y que venía para acá. Si llegaba yo antes, que hiciera el favor de esperarla.

Por supuesto. Me senté cómodamente en el sillón giratorio y me puse a saborear la infusión, sin dejar de pensar en cuanto había acontecido hasta el momento.

No había terminado aún el café cuando sonó el timbre de la puerta. Me puse en pie rápidamente y fui a abrir, ilusionado por volver a ver a la bella Brenda Jones.

Pero me llevé una sorpresa. Se trataba de un hombre de cuarenta años, corpulento, de facciones toscas y ojos pequeños como los de una rata.

Le conocía bien. Era Jim MacLean, teniente de la División de Detectives de West Hollywood.

CAPÍTULO VII

Habíamos tropezado en diversas ocasiones por asuntos profesionales. No éramos grandes amigos, pero tampoco había habido malos modos entre nosotros. Nos limitábamos a soportarnos y a colaborar dentro de lo posible.

He de reconocer que no es un mal tipo.

—Hola, Silver.

—Buenas noches, MacLean —le franqué el paso.

—No tan buenas —rezongó, sin moverse del sitio.

—Qué sorpresa tú por aquí —exclamé, ya un poco mosqueado por su actitud—. ¿Algo en especial?

—Tienes que venir conmigo.

Me quedé un poco perplejo.

—¿Ir contigo?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—No he hecho nada.

—Bueno —se encogió de hombros—. Eso es lo que hay, Silver. Has de venir.

—¿Cuál es la razón?

—Ya te la explicarán.

—¿No puedes decírmela?

—Ni siquiera yo la sé, muchacho, de veras. Sólo obedezco órdenes.

—Ajá...

—Se te ruega que vayas. A mí me han encomendado que te localice y acompañe. No me hagas las cosas difíciles, ni te las hagas a ti mismo.

Me acaricié la barbilla.

—MacLean —dije—, estoy esperando a una amiga.

—Lo siento.

—Está al llegar. Esperemos un poco. Ha de comunicarme algo importante para mi trabajo.

—La orden es que vengas conmigo ya.

Por el gesto de su rostro adiviné que no iba a conseguir nada.

—Está bien. He de recoger unas cosas.

Me lo tomé con extremada calma, revisando el despacho y dudando sobre lo que quería llevar encima. Maldito si me hacía falta algo. Llegó un momento que ya nada se me ocurrió y tuve que salir al rellano, soportando la impaciencia del teniente.

Alguien nos robó el ascensor y me alegré. Tal vez fuera Brenda Jones. Me molestaba darle plantón. Por otro lado, sentía una gran curiosidad por conocer las noticias que tenía para mí.

Desilusionado observé cómo el ascensor pasaba nuestra planta sin detenerse. Finalmente quedó libre y MacLean pulsó el botón.

—No estás animado, ¿eh? —comentó.

—Es una linda muchacha.

—Seguro. Adentro.

Pasé a la jaula. Poco después llegábamos al auto policial sin una pizca de suerte. Brenda Jones se tendría que quedar esperando.

Había un tipo corpulento, de cabellos rizados, al volante.

Una vez tomamos asiento en la parte posterior, el teniente ordenó:

—Vamos, Buck.

El coche se puso en movimiento. MacLean sacó su cajetilla de cigarrillos y me ofreció uno. Fumamos silenciosamente durante los primeros minutos de trayecto. Luego, observé que nos alejábamos del lugar donde se encontraba el Departamento de Policía.

—¡Eh! ¿Adónde vamos?

—A Santa Mónica.

Otra vez Santa Mónica. Casi estaba por abrir una sucursal allí.

Según me explicó MacLean por el camino, habían sido precisamente sus colegas de Santa Mónica los que habían pedido que se me localizase y trasladase hasta su Central.

Entramos.

Nos hicieron esperar casi un cuarto de hora, pues los polis interesados en mi persona se hallaban reunidos en aquellos momentos con el Comisionado. Uno de ellos era el capitán de

detectives Thomas Forster, un hombre cincuentón, robusto, calvo, de ojos abultados, que era el que llevaba la voz cantante allí. El otro era su colaborador más directo, el teniente de detectives George Doyle, un sujeto de cuarenta y dos años a lo sumo, de complexión pícnica, pelirrojo, cara ancha y ojos claros. Ambos estrecharon mi mano y le dieron a MacLean las gracias por tan diligente y eficaz trabajo.

MacLean tuvo un detalle conmigo: no se marchó. Se quedó para llevarme de vuelta, ya que yo no tenía coche.

El capitán Forster y el teniente Doyle se encerraron conmigo en un cubículo de cristal. Era transparente y podía observar desde su interior el ir y venir de los detectives en la sala. Me ofrecieron asiento y tabaco, luego cada uno se colocó a un lado mío; Forster de pie, Doyle apoyando el trasero en un borde de la mesa. Los dos parecían un par de fieras al acecho.

—Bien, Silver —dijo el capitán, expeliendo dos chorritos de humo por las fosas nasales—. Le hemos llamado porque estamos interesados en usted.

—¿Por qué?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

—Okay.

—Últimamente se ha movido usted mucho por Santa Mónica, ¿verdad? —terció el teniente Doyle.

—¿Cómo lo sabe?

—Le recuerdo que...

—Sí, capitán. Las preguntas, ustedes.

—¿Entonces?

—No creo que eso esté prohibido.

—Pero es cierto, ¿no?

—Sí.

—¿Trabajo o placer? —preguntó de nuevo el teniente.

—Trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

Por el brillo de sus ojos supe que era la pregunta que se morían por hacer. Ya habían llegado a ella. Y yo tenía que satisfacerlos.

—Bueno, señores —dije, dándole una larga chupada al cigarrillo—, no quisiera parecerles antipático, pero en mi profesión hay un código que me impide revelar...

—Olvídelo —me atajó el capitán.

—¡Con un demonio!

—¡No se altere, Silver! —Me dio un trompazo en un hombro el teniente, sin moverse del sitio.

No me alteré y dije calmosamente:

—Además, creo que tengo derecho a saber a qué viene todo esto. Si no, me levanto y me marchó.

—Yo no lo haría —advirtió el teniente gravemente.

—Se encuentra en un apuro, Silver, se lo aseguro —agregó el capitán—. Más vale que colabore.

—Demuéstreme que estoy en un apuro —le desafié.

El capitán Forster rodeó la mesa, abrió un cajón y sacó de él una pequeña cartulina que colocó ante mis ojos. Era una de mis tarjetas de visita.

Fruncí el ceño.

—Si colabora, nos entenderemos.

—No quisiéramos parecerle desagradables —añadió el teniente Doyle.

—Haga un esfuerzo.

Me lo pensé mientras ellos me daban las advertencias de rigor. Aquella tarjeta de visita en sus manos era preocupante. Podía significar bastantes cosas, y casi ninguna buena.

—La verdad es que no sé mucho.

—Lo que sepa.

—Vamos, Silver. No queremos pasarnos toda la noche con usted.

Miré hacia donde se encontraba MacLean. Seguía esperando fumando un pitillo.

—Estaba trabajando en la elaboración de un informe sobre una persona.

—¿Quién es su cliente?

—Se trata de algo confidencial.

—No juegue con nosotros, Silver.

—No tengo por qué revelar...

—Estamos al tanto de sus pasos —terció de nuevo el teniente Doyle—. Sabemos que la persona por la que se interesaba es un tal Amos Fenton.

—Veo que están muy bien informados —comenté tras salir de la pequeña sorpresa que me había producido aquellas palabras—.

¿Para qué este interrogatorio entonces?

—Queremos ver si todo concuerda.

—¿Con qué?

—Adelante con su historia, Silver. Creo que ya hemos perdido bastante tiempo.

Me levanté y apagué el cigarrillo en el cenicero de cristal que había sobre la mesa.

—Me contrató una mujer —dije, dejándome caer resignado sobre la silla.

—¿Quién?

—Dijo llamarse Deborah Parkins y ser actriz. Quería que le pasara un informe personal sobre Amos Fenton. Sólo sabía su nombre y que era de Santa Mónica.

—¿La razón?

—No me la dijo.

—Y se trasladó aquí.

—En efecto.

—¿Qué hizo?

—Movilicé mis contactos y logré saber más o menos sobre el tipo.

—¿Qué supo?

—Que había muerto tres años atrás en un accidente tonto; que era de Sacramento, que trabajaba como representante y que tenía gancho con las mujeres.

—¿Luego?

—Llamé a mi clienta para que pasara a recoger el informe, pero no vino.

—¿Por qué?

—No lo sé. Se presentó una amiga suya y me dijo que estaba preocupada, pues habían quedado la noche pasada para cenar y no había aparecido. Por otro lado, en la pensión donde vivía, no había dado señales de vida. Sospechaba que había desaparecido.

—¿Y?

—Me contrató y me puse a investigar.

—¿Por qué no avisaron a la policía?

—Yo no era quien. Me limito a mi trabajo. Tampoco es seguro que Deborah Parkins haya desaparecido. Desde luego hay indicios, sí. Lo cierto es que ella me contrató y que yo inicié las pesquisas.

—¿Cuáles?

—Al parecer ella, me refiero ahora a Deborah Parkins, tiene un amante.

—¿Quién?

—Traté de localizarlo, pero no lo conseguí.

Oculté por el momento el asunto de la hija de Walter Garrett. Nombrar al senador, pensé, sólo podía traerme complicaciones. La familia Garrett no se había mostrado muy amistosa conmigo. Seguro que tenían influencia en Santa Mónica. Nombrarlos sería echar más leña al fuego y yo acabaría siendo el único perjudicado. Mientras no tuviera claro cuál era el grado de participación de dicha familia en el asunto...

—¿Qué piensa?

—Nada, nada...

—Si buscaba a ese amante, ¿por qué regresó a Santa Mónica? —intervino de nuevo en el interrogatorio el teniente Doyle. Ellos también habían dejado de fumar, pero persistía fuertemente el olor del tabaco en aquel cubículo cerrado.

—Pensé que el caso de Amos Fenton podía tener que ver algo en el asunto, ya que la supuesta desaparecida se había interesado por él. Decidí ahondar en ello y visitar de nuevo a las amistades de Fenton.

—¿Qué consiguió?

—No saqué nada en claro y regresé a mi oficina. Estaba esperando a mi nueva cliente para informarle cuando apareció Jim MacLean.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Los dos tenían fija su mirada en mí. No era todo, pero yo no pensaba soltar más. A ver cuánto sabían en realidad. Les aguanté la mirada imperturbable.

—¿No oculta nada, Silver? —insistió el capitán.

No sólo les podía hablar de la familia Garrett, sino también del atentado del que había sido objeto. Pero todo eso no hubiera hecho más que complicar las cosas y no me dejarían en paz.

—Nada —respondí—. ¿Ahora puedo saber de una condenada vez qué ocurre?

El capitán Forster miró hacia la tarjeta de visita.

—¿Sabe quién la llevaba?

—¿Algún cliente?

—En efecto, su clienta Deborah Parkins. Ha aparecido muerta...

CAPÍTULO VIII

—¿Muerta?

—Eso he dicho.

Estiré las piernas, inspirando profundamente. El asunto podía ser muy grave si...

—¿Asesinada?

—Al parecer, no. Es lo que estamos investigando. El forense ha informado que murió por una sobredosis de heroína.

—Un «viaje» fatal —sentenció el teniente.

—Hum... ¿Así que se pinchaba? —pregunté pensando en los cigarrillos de marihuana que había descubierto en su habitación de la pensión.

—Sí.

El rompecabezas tenía más piezas y yo continuaba sin saber cómo colocarlas.

—No parece muy sorprendido... —comentó el capitán, mirándome fijamente.

—Tenía ese presentimiento.

—¿Cuál?

—Que hubiera muerto, ¿la encontraron aquí, en Santa Mónica? —me interesé.

—Sí, por eso llevamos el caso nosotros.

—¿Dónde la descubrieron? —Seguí indagando.

—En su propio auto, un utilitario de segunda mano. Estaba aparcado frente a la playa, en un lugar solitario. Debió escoger ese sitio para pincharse sin que nadie la molestara. Se le fue la mano y...

—Un poco raro —comenté.

—Cierto —asintió el capitán—, pero no hay otra explicación. ¿A usted se le ocurre otra?

Negué con la cabeza, y luego pregunté:

—¿No saben adónde iba, de dónde venía?

—Estamos en ello, por eso le hemos llamado a usted. Ella llevaba encima su tarjeta de visita. Al leer su nombre nos acordamos que habíamos recibido un informe de un tipo así llamado que iba haciendo preguntas sobre el tal Amos Fenton. Pensamos que sería conveniente tener una conversación con usted para aclarar puntos.

—Ya. ¿Cuándo murió?

—La pasada noche.

—Entonces concuerda. Por eso no acudió a la cena con su amiga ni pudo venir esta mañana a recoger el informe.

—Exacto —cabeceó el capitán—. Todo encaja.

—Eso parece —puntualicé.

—¿No está convencido? —intervino el teniente.

—La verdad es que me preocupa la forma en que ha muerto Deborah Parkins.

—Hoy en día muchos jóvenes mueren así...

—Y también por qué se interesaba por un hombre muerto tres años atrás.

—Eso ya no lo vamos a poder saber —se encogió de hombros el capitán.

—¿Han revisado el caso Fenton?

—Lo hicimos al saber que usted se interesaba por ese hombre. Buscamos en nuestros archivos y lo encontramos.

—¿Cómo supieron que yo andaba tras Fenton? —pregunté picado por la curiosidad.

—Tenemos nuestras fuentes de información local —fue la evasiva respuesta. Supe que no iba a conseguir nada por ese lado.

—¿No hay ninguna posible relación entre ella y Amos Fenton?

—No.

—¿Puedo ver el *dossier*?

Se miraron entre sí.

—Desde luego —concedió el capitán—. Tráigalo, Doyle.

El teniente salió del cubículo para regresar un par de minutos después. Durante ese tiempo, el capitán y yo nos limitamos a observarnos en silencio.

Lo leí con detenimiento. Era un amplio y bien documentado informe donde se daba cuenta del trágico hallazgo por parte de la

mujer de la limpieza, se adjuntaban todos los informes técnicos y se transcribían todos los interrogatorios mantenidos con los conocidos o las amistades del muerto. Entre estas últimas figuraba James Clark, el gerente del Busby Club. No había nada nuevo. El caso se había cerrado como accidente.

Sólo hubo una cosa que llamó mi atención y que leí un par de veces. Se trataba del informe del forense. Se explicaba en él que la muerte se había producido al golpear por segunda vez la cabeza.

Lo hice notar.

—Tiene su explicación —tomó la palabra el capitán Forster—. Al caer, rebotó. Por eso se dio dos veces.

—Ajá...

Me puse en pie y dejé la carpeta sobre la mesa.

Primero miré a uno y luego a otro.

—¿Algo más, señores?

—No, Silver. Toda está claro. Gracias por su colaboración. Como verá, no nos comemos a nadie —esbozó una sonrisa el capitán, alargándome la diestra.

Se la estreché, diciendo:

—Así pues, van a cerrar el caso.

—Ella ha aparecido y no hay ninguna denuncia. Si no surge nada anormal, se cerrará, sí.

Me despedí también del teniente Doyle y abandoné el Police Department en compañía de MacLean.

—¿Todo arreglado?

—Eso parece.

—No te veo muy feliz.

—¿Tú crees que una muchacha que vive en Hollywood, que tiene aspiraciones de actriz, que parece ambiciosa y saber muy bien lo que quiere, coge el coche y se va a la playa de Santa Mónica a drogarse, y encima sola?

—Tal vez fuera una romántica...

—No estoy para chistes.

—¿Qué quieres que te diga? Todos los días me sorprendo. Si tú vieras la de tipos extraños que hay por ahí, cada uno con ideas de lo más increíble. Todo es posible.

—Ya.

Me dejaron en la oficina, recordándome MacLean que estaba a

mi disposición si necesitaba ayuda. Le di las gracias por todo y subí.

En la antesala me encontré con la impaciente Brenda Jones, fumando un cigarrillo.

—¿Dónde se metió? —Dio un brinco al verme.

—En el Departamento de Policía de Santa Mónica.

—¿Por qué?

—Pase y siéntese.

—Ya en mi despacho, se lo expliqué rápidamente. Ella ahogó un grito cuando supo que su amiga Debby había muerto. Tuve que darle un trago de *whisky*.

—¡Pobre Debby! —exclamó con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

—Cálmese.

—¡Me extraña que Debby se drogara!

—Bueno, a mí eso no me extraña. Encontré algunos cigarrillos de marihuana en su habitación de la pensión. Al parecer, tenía esas inclinaciones...

—Eso sí, señor Silver. Yo también he fumado algunos. Yo hablaba de pincharse. ¡No lo creo!

—Ya. A mí lo que más me preocupa es eso de que se fuera a la playa a pincharse, sola. ¿Por qué? ¿Estaba deprimida? ¿Quería suicidarse?

—¿Debby? Imposible. Tenía unas ganas locas de vivir.

—Sí —convine.

—¿La policía no va a investigar más?

—Me temo que no.

—Debía haberles contado lo otro...

—Tal vez, pero las cosas no están lo suficientemente claras. Con gente como el senador Garrett hay que llevar cuidado, hay que ser hábil. Tipos así tienen mucha más influencia que uno y, si cometes un descuido, te hunden. Estoy casi convencido de que oculta algo, pero hasta que no lo sepa, no podré atacarle.

—Entonces, ¿no va a dejar el caso?

La miré.

—Usted es la que manda. La que paga.

—Sí.

—Usted decide.

—Yo seguiría.

—Yo también.

Los dos nos echamos a reír. Ella parecía haber olvidado por el momento la trágica noticia. Extendí una mano y aproximé su barbilla a mis labios. La besé.

—¿Se está aprovechando de mí, señor Silver?

—No. Me parece usted lo suficiente inteligente como para saber lo que quiere, tomarlo o dejarlo.

Me clavó las uñas en la nuca y yo me vencí nuevamente hacia adelante, besándola ahora con mayor intensidad. Ella correspondió con el mismo frenesí.

Cuando nos separamos, dijo:

—Ahora, al trabajo. Recuerda que tenía una noticia para ti. Creo que va a servir para continuar con el asunto.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Mira —sacó un periódico del bolso—. Aquí, en la sección de espectáculos, hablan del estreno cinematográfico de esta noche. E incluyen una foto de los principales integrantes del equipo de esa película, aunque sin dar los nombres. ¡Éste era el amante de Debby!

Me señalaba con un dedo a un hombre elegante y sonriente que yo conocía.

¡Frank Garrett!

CAPÍTULO IX

Hubo que esperar a que regresaran del estreno. Entretuvimos ese tiempo cenando frugalmente en un *snack*-bar cercano a la casa de los Garrett.

Cuando nos vieron, Frank Garrett endureció el gesto y se mostró poco amable.

—¿Qué hace de nuevo aquí? ¡Márchese! ¡Ya hablamos todo lo necesario!

—Ésos no son modales, señor Garrett.

—Estoy en mi casa y me comporto como quiero. ¡No tengo nada que hablar con usted, Silver, o cómo diablos se llame!

—Silver, sí.

—¡Largo de mi casa!

—Frank, por favor... —intervino su esposa, tomándole de un brazo.

No se aplacó y yo dije por encima de sus altisonantes palabras:

—Me temo que me va a escuchar, señor Garrett.

Me miró como una fiera.

—Llamaré a la policía.

Sonreí.

—Puede hacerlo. Verá el escándalo que se organiza...

Al verme tan seguro, vaciló.

Di un paso al frente sin perder la sonrisa y propuse:

—¿Por qué no vamos a su despacho y hablamos tranquilamente?
Es lo que más le conviene.

Inspiró.

No quería darse por vencido.

—¿A qué viene todo esto?

—Un asunto... delicado —ensanchó mi sonrisa—. Es mejor que su esposa se quede con la señorita Jones. Por cierto, no se la he presentado. La señorita Brenda Jones iba para actriz, como una

amiga suya, Deborah Parkins, pero ahora es modelo. ¿Vamos, señor Garrett?

El dueño de la casa ya había perdido toda su agresividad y buena parte del color de su rostro.

Ahora no rechistó. Echó a andar delante de mí, abriendo camino.

Las dos mujeres se quedaron en el vestíbulo. Brenda ya se encargaría de contentar como fuera las curiosidades de la señora Garrett.

—¿Qué se propone. Silver? —preguntó Frank Garrett cuando llegamos a su despacho y hubo cerrado la puerta.

—Acabo de descubrir su talón de Aquiles.

—No me venga con enigmas.

—No es ningún enigma. Usted ya lo sabe.

—¿Qué?

—Deborah Parkins.

Me aguantó la mirada durante unos largos segundos. Luego preguntó:

—¿Es un chantaje?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Quiero saberlo todo.

—¡Ya lo sabe! ¡Ella y yo tenemos relaciones! Vamos, ¿cuánto quiere?

—No me interesa el dinero. Quiero conocer detalles.

—¿Para qué?

—Para resolver el asunto por el que me han contratado. Trabajo para la señorita Jones, la amiga de Deborah.

Resopló.

—Bien. ¿Qué desea?

—¿Su lugar de cita era un *bungalow* de su hermana Susan?

—Sí. Está muy bien informado.

—¿Iban bien sus relaciones?

—Sí.

—¿Ningún problema?

—No.

—¿Cómo era el comportamiento de Deborah?

—Normal. Pero ¿qué ocurre? —Se impacientó.

—Su amiguita ha muerto —me decidí a contárselo.

Frank Garrett se tambaleó como si le hubieran propinado un crochet.

Acabó de perder todo el color del resto y se hundió en una gigantesca butaca.

—No es... posible... —le oí balbucir, pues no le veía.

—Acabo de hablar con la policía de Santa Mónica. Ellos llevan el caso.

—¿Santa Mónica?

—Sí.

Di unos pasos para quedar encarado a él. Estaba totalmente abatido.

—¿Cómo es eso?

—Ella apareció muerta en su jurisdicción.

—No lo entiendo...

—Yo tampoco, si le he de ser sincero.

—¿Cómo ha muerto?

—Por una sobredosis de heroína.

—¡Drogada!

—La encontraron así en su auto. Al parecer se fue a la playa, escogió un lugar solitario y se pinchó. Un poco raro, en verdad. ¿Qué podía hacer en Santa Mónica?

—No lo creo —apretó los labios.

—¿Entonces?

—¡Esto tiene que ser cosa de mi hermana! —se exasperó—. ¡Maldita Susan! ¡Ella y sus locuras!

—¿Por qué no me habla de ella?

Se llevó las manos al rostro, estallando en una especie de llanto nervioso.

Vi la mesita con botellas y vasos.

Me acerqué a ella y le preparé un doble de *whisky*.

—Beba un poco —se lo ofrecí.

Lo hizo.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí.

—¿Qué pasa con su hermana?

—Está medio loca, desquiciada. Sé que le gusta drogarse, beber, organizar bacanales, orgías sexuales... No sé por qué recurrí a ella

para citarme con Debby. Últimamente ya venía observando que entre las dos había nacido una cierta relación. Ayer mismo...

—Ayer, ¿qué?

—Nos vimos en el *bungalow*.

—¿Por la tarde?

—Sí. Procuré llegar sin que me viesen. Pero aunque me hubiesen visto, era igual. Hubieran pensado que era un amiguito más de Susan; no me conocen como su hermano.

—Ya. ¿Qué pasó?

—Estuvimos juntos. Luego apareció Susan y decidí largarme. Debby se quedó allí.

—Ajá...

—Probablemente la enredó en sus desenfrenos.

Acabó con el resto del *whisky* de un solo trago. Luego jugueteó nerviosamente con el vaso, sin dejar de mascullar:

—¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella! ¡Ella la ha destrozado!

Le arrebaté el vaso antes de que lo arrojara contra algo o alguien.

—¿Qué le ocurre realmente a su hermana, Garrett? Yo la vi esta mañana, estuve en la finca de su padre, allá en Santa Mónica. Fui testigo presencial de un intento de suicidio por su parte.

—Ya se lo he dicho: está desquiciada. A pesar de todo, siempre he procurado ayudarla, mantener relación con ella, preocuparme..., a pesar de que mis contactos con mi padre son escasos, por no decir nulos.

—Sí, sí. Pero ¿por qué está desquiciada?

—No lo sé con exactitud. El médico dice que...

—Que tiene problemas de personalidad.

—Sí, eso.

—Pero usted debe tener alguna teoría al respecto. Me gustaría conocerla.

—Pues...

—¿Otro trago?

—Sí, por favor.

Cuando le entregué de nuevo el vaso, ya mediado de licor, me dijo:

—Creo que se volvió medio loca a raíz de la muerte de Amos Fenton.

Bebió con ansiedad, recobrando su rostro parte del color que había perdido. Dijo:

—Le mentí, Silver.

—Ya lo imaginaba.

—Me peleé con Amos Fenton por culpa de ella. ¡Maldita sea! Por ayudarla...

—Serénese, Garrett.

Encendí un cigarrillo mientras él seguía bebiendo.

—Cuénteme tranquilamente cómo sucedieron las cosas.

—No hay mucho que contar. Susan era una cría y, al parecer, se había enamorado de ese tipo. Yo le conocí y me interesé por él, descubriendo que no era más que un vividor. Se lo dije a Susan y no me hizo caso; me llamó sinvergüenza por espiar. Discutimos.

—¿Su padre no interviene?

—Mi padre estaba muy ocupado con las reelecciones: no tenía tiempo para nosotros. Bueno, en realidad casi nunca lo tuvo. Sólo se ha acordado de nosotros para las entrevistas familiares cara al público, las campañas electorales, para enviarme como voluntario al servicio militar y una serie más de conveniencias suyas...

—¿Qué hizo entonces?

—Ir a hablar con Amos Fenton. Tuvimos una áspera disputa en su casa y prácticamente me echó de allí. Luego volvimos a encontrarnos casualmente en el Busby Club y no me pude contener, enzarzándonos. Nos tuvieron que separar y yo me largué porque allí casi todos los asistentes estaban de su parte.

—Luego él murió, al poco tiempo.

—No piense mal. Para ese entonces yo ya me encontraba en la Universidad de Harvard. Precisamente a los dos días de esa pelea, me largué.

—¿No se interesó por el caso?

—No mucho, la verdad. Cuando regresé, expulsado de la Universidad, yo tenía mis ideas y sabía lo que quería hacer, sobre todo alejarme de mi padre y del mundo de la política.

—¿Y qué era de su hermana?

—Estaba ya trastornada.

—¿Le afectó la muerte de Fenton?

—Eso creo. Una vez se lo comenté y se puso a chillar como una histérica. No volví a sacar más el tema —se mesó los cabellos,

apesadumbrado—. Todo esto es como una pesadilla.

—Sí —convine.

—¿Qué cree que ha sucedido?

—No lo sé exactamente, pero algo me imagino. Deborah Parkins me contrató para elaborar un informe sobre Amos Fenton. Sólo sabía su nombre y que era de Santa Mónica. ¿Cómo había obtenido esos datos, si ella procedía de Dallas, Texas? Es fácil la respuesta: usted, o su hermana.

—Yo, no.

—Es lo que creo. Cuando yo le comuniqué que Amos Fenton estaba muerto desde tres años atrás, me pareció que no se sorprendía mucho. Yo pienso que ya sabía, pero no quiso decírmelo para no intrigarme demasiado.

—¿Y qué le pudo contar mi hermana?

—Algo sobre Amos Fenton, sobre sus relaciones, sobre su muerte..., algo de eso sin duda. Y ella por su cuenta se dispuso a investigar.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no preguntar claramente?

—Bueno, ella está muerta y ya es imposible saberlo, creo.

Se puede especular, pero a lo mejor no le gusta lo que digo.

—Dígalo.

—Chantaje.

—¡Oh, no!

—Pero murió... y muy sospechosamente.

—¿Cree que mi padre o mi hermana...?

—Creo que la clave de todo está en su hermana.

—¿Y qué piensa hacer? —Miró muy significativamente hacia la puerta.

—Ése es su problema.

—Ya.

—Nadie es perfecto.

—¿Y... y respecto a mi hermana?

—Quiero hablar con ella, mejor dicho, tengo que hablar con ella, pero no creo que me vayan a dejar, tienen la excusa de su mal estado...

—¿Entonces?

—Para la noche próxima hay una fiesta a celebrar en casa de su padre.

—Lo sé. Irá toda la gente más importante de Santa Mónica.

—El me comentó que para entonces su hermana debía estar buena.

—Lo conseguirá, seguro. También me ha invitado a mí. Querrá dar la clásica imagen del típico y sano hogar familiar americano...

—Usted podría facilitarme un par de invitaciones y tener la boca cerrada. ¿Lo hará?

—Pero, si se descubre el pastel, yo me veré involucrado y...

—Ya es casi inevitable, Garrett. Lo debió pensar antes. Son los riesgos de jugar con más de una baraja.

—Está bien, Silver —se levantó, abandonó el vaso vacío y abrió un cajón de su mesa—. Aquí tiene nuestras invitaciones. Nosotros no iremos. Ahora salga y dígale a mi esposa que entre, por favor.

CAPÍTULO X

No sé si estaría todo Santa Mónica allí, pero desde luego los jardines de la finca del senador Walter Garrett estaban repletos, invadidos por una muchedumbre elegante, distinguida, todo ello al menos aparentemente.

Era tanta la gente, que Brenda y yo no tuvimos ningún inconveniente para pasar desapercibidos. Ella lucía un maravilloso vestido de noche prestado por la casa de modas para la que trabajaba y yo un *smoking* de alquiler.

Los dos formábamos una compenetrada y amorosa pareja y en eso no fingíamos. Durante el día habíamos tenido mucho tiempo para hablar de nosotros y conocernos mejor.

Los camareros iban de un lado a otro con bandejas repletas de canapés y copas. Había un murmullo general que era como el zumbido de unos moscardones. Todo el mundo parecía pasarlo estupendamente.

Pronto distinguimos a los anfitriones, muy sonrientes y felices. Susan Garrett parecía otra, se la veía como nueva... La habían recuperado rápidamente y en ello, pensé, debía haber jugado un papel importante alguna que otra inyección. De todas formas, la enfermera, vestida como una mujer más de la fiesta, no se separaba de su lado en ningún momento.

—Va a ser difícil —le dije a Brenda, explicándole quién era la mujer—. Y yo no me puedo acercar demasiado porque me reconocerán.

—Hummm...

De repente, la abracé con fuerza y hundí mi rostro en su cuello.

—Nena, tranquila; es la poli —le susurré en una oreja.

Así era. Había visto venir cara a mí nada más y nada menos que al capitán Forster y el teniente Doyle en compañía de otros hombres y varias mujeres.

Por entre los cabellos sedosos de Brenda observé cómo se alejaban sin haberse fijado en mí.

Yo había fruncido el ceño. Una de aquellas mujeres me resultaba familiar.

—Ya se fueron —suspiré.

—Me parece que nos hemos metido en la boca del lobo —comentó ella.

—Hay que actuar deprisa.

—¿Cómo?

—Acércate a la enfermera y distráela con cualquier excusa, aunque sea una tontería.

Le di una palmada de ánimo en sus rotundas nalgas y la dejé marchar. Tomé una copa, dedicándome a contemplar la escena. Ahora Brenda podía rememorar su pasado, sus sueños juveniles de actriz.

Estuve a punto de soltar una carcajada cuando la vi abrazarse a la enfermera y estamparle un par de besos, uno en cada mejilla. La otra puso cara de total sorpresa. Brenda la tornó de un brazo y no cesó de hablar mientras la arrastraba lentamente.

Actué con rapidez, aproximándome a la joven que charlaba con otra chica de su edad.

—Hola, Susan —dije—. Una bonita fiesta.

—¡Hola! —me saludó jovial. Me miró escrutadoramente—. ¿No nos conocemos?

Ya contaba con eso.

—Adivina.

—Pues...

—Anda, ven conmigo. Con permiso, guapa —le dije a la otra, llevándome a Susan.

—No recuerdo exactamente.

La conduje hasta un apartado rincón.

—Ayer, por la mañana, yo te salvé de la caída junto con el secretario de tu padre.

—Oh, usted —exclamó.

—No tengo mucho tiempo, Susan. Quería hablar contigo y no me lo permitían.

—No me encontraba bien.

—Eso me dijeron.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted? —La desconfianza comenzaba a aparecer en sus ojos. Presentí que tenía cada vez menos tiempo.

—Me llamo John Silver y soy detective privado.

—¿Detective privado? —inquirió, queriendo echar a andar, pero yo me interpuse.

—Sí. Trabajaba para una amiga tuya. Deborah Parkins.

Se quedó lívida como un cadáver. Toda ella tembló de arriba abajo.

—¿La recuerdas?

—Ella...

—Ella está muerta —dije gravemente.

—No... Yo no... —balbuceó sin saber cómo continuar.

—Murió por una sobredosis de heroína. Se la encontró en Santa Mónica, en el interior de su auto.

—¡Váyase! —rugió de pronto, llevándose las manos a la cabeza.

—Tiene que escucharme.

Forcejeó conmigo y la copa se cayó al suelo, haciéndose añicos. Algunos nos miraron curiosamente. Forcé una sonrisa, pero no sirvió de mucho porque la cara de ella era todo un poema. Comenzaron a acercarse invitados...

Ahora o nunca, me dije al ver aparecer entre la gente al secretario del senador. La expresión de su rostro al reconocermme no me gustó nada.

—Ella estaba interesada por un tal Amos Fenton. ¿Te acuerdas de él, Susan? Era amigo tuyo hará cosa de unos tres años. ¿Lo recuerdas, Susan?

Aquello ya fue demasiado para ella y estalló. Se debatió furiosamente entre mis brazos, gritando:

—¡No! ¡No! ¡Socorro!

Hubo carreras, algunos se abalanzaron sobre mí, como Lewis Loggia, el secretario del senador, y yo me los quité de encima con unos sabios codazos. Susan continuaba sin poder escapar porque yo le cerraba perfectamente el paso. A su espalda tenía un enorme macizo.

—¡Escucha, Susan, es tu oportunidad! —le grité.

Pero por encima de mi grito se escuchó la voz del senador Walter Garrett:

—¡Llévenselo! —chilló como un poseso. Sus ojos llameaban de

indignación buscando a la enfermera. La pobre mujer casi se escondía tras Brenda.

—Nosotros nos haremos cargo de él —tronó entonces el vozarrón del capitán Thomas Forster, adelantándose junto con Doyle y un tipo delgado desconocido para mí a los empleados del senador.

—¡Es tu oportunidad, Susan! —Me abracé a ella y nos arrastraron juntos. Debíamos dar la imagen perfecta de un melodrama—. ¡Desahógate! ¡Llevas un nudo dentro! ¡Libérate de él o serás una desgraciada toda tu vida!

—¡Basta! —gritó el senador.

—¡Tú sabes la verdad! —continué yo.

El capitán Forster intervino entonces rudamente, propinándome un soberano puñetazo. Consiguió su propósito: que me separara de ella. Quedé sentado sobre mis cuartos traseros en el suelo, con un hilillo de sangre bajando de mis labios por la barbilla.

—¡Doctor, doctor, hágase cargo de mi hija! —ordenó el senador.

Pero ya era tarde. Susan era la desesperación personificada.

—Yo le maté —chilló de pronto, cuando el médico le puso la mano encima—. ¡Sí, yo le maté porque me engañaba!

—¡No sabe lo que dice! —Trató de justificarla el senador—. ¡Sufre un ligero trastorno nervioso!

—¡Vaya si lo sabe! —dije.

Forster se acercó a mí con malos modos:

—Arriba, Silver. Ya la ha organizado buena. Verá la que le espera.

—¡Llévesela, doctor! —ordenó el dueño de la casa—. ¡Y usted, señora Ferguson!

La enfermera se acercó tímidamente.

—¡Alto! —intervino entonces un hombre de cabellos plateados, alto y delgado, muy elegante. Poseía unos ojos oscuros, de mirada penetrante. Era uno de los que acompañaban a los policías que yo conocía. La mujer que me resultaba familiar continuaba junto a ellos.

—¡Comisionado! —exclamó el senador.

—Estése quieto, capitán Forster —ordenó el jefe máximo de policía—. Usted también, doctor. Quiero oír a Susan. Tú me conoces de hace tiempo, Susan. ¿A qué te referías?

—Comisionado —terció el médico tras la dura mirada que le dirigió el senador—. No está en condiciones de...

—No se deje influenciar por la conjura, Comisionado —hablé, mientras me restañaba la sangre—. Durante años, ha habido una conjura en torno a esa muchacha.

—Yo lo hice... Sí, yo lo maté... —decía Susan Garrett comportándose como si estuviera hipnotizada.

—¿A qué te refieres, Susan? —le preguntó el Comisionado.

—Habla de Amos Fenton —intervine nuevamente—, un caso que cerraron ustedes como accidente hace tres años.

—Ya. Lo recuerdo.

—Ella era una de las amantes de Fenton.

Se produjo un murmullo general entre los presentes. Hubo exclamaciones de todo tipo. El senador y sus huestes formaban una especie de equipo derrotado.

—¿Es eso cierto?

—Sí... —respondió ella—. Mi hermano Frank tenía razón; él me engañaba con otras mujeres. Yo había creído todas sus palabras de amor, todas sus promesas, todos sus proyectos, pero eran mentira. No le importaba más que mi dinero... Se lo escupí a la cara, enfadada, aquella tarde, y luego, en un arrebató, le golpeé una vez en la cabeza con la estatuilla que allí había... El cayó al suelo con la cabeza ensangrentada, muy lentamente, aullando. Fue horrible verle derrumbarse, con las manos en la cabeza, chorreando sangre, oírle quejarse, hasta que al final se calló y se quedó muy quieto... Huí espantada, con el arma homicida en la mano, y tuve suerte de que nadie me viera. Se lo conté a mi padre... Yo quería entregarme, explicar cómo habían sido las cosas, pero él me convenció de que eso no era lo mejor... Dijo que... que lo arreglaría, que yo no me preocupara... Y lo arregló, no sé cómo exactamente...

Todas las miradas eran para el senador Walter Garrett. Aquello era su final.

—No sabe lo que dice... —balbuceó, pero ya nadie le creía. Bastaba ver los rostros de los demás.

—¿Cómo supo Debby de Amos Fenton, muchacha? —le pregunté.

—No sé... Debí contárselo en alguna ocasión, durante un éxtasis... Le gustaba drogarse conmigo... No sé...

—¿Y qué pasó la otra tarde?

—No lo sé... Nos preparamos para un «viaje»... Yo me fui por ahí... Cuando volví, ella no se movía, no se recuperaba, estaba muerta... Se debió inyectar posteriormente más dosis, no sé... Lo cierto es que me asusté mucho y salí de allí corriendo. Cuando llegué a casa estaba deshecha. Mi padre llamó al doctor, yo expliqué lo que había pasado... Mi padre... mi padre volvió a encargarse de todo...

—¿Cómo lo hizo, senador? —preguntó el Comisionado.

—Yo no... no sé lo que dice...

—Debió necesitar ayuda de la policía en ambos casos, ¿no? —tercié yo.

El Comisionado miró a sus hombres.

—¡Yo no sé nada! —gritó el teniente Doyle, refugiándose en la mujer que me resultaba familiar.

El capitán Thomas Forster agachó la cabeza.

—Usted, Forster, fue quien llevó el caso Fenton. Lo recuerdo. Así pues, colaboró con el senador para enterrarlo rápida y definitivamente.

—Sí, no supe negarme —reconoció—. Yo me hice cargo de la estatuilla, la limpié y la coloqué en su sitio, esperando a que se descubriera el cadáver. Entonces procuré hacerme con el caso. Me encargué de interpretar el resultado del forense de una forma conveniente y durante las investigaciones que realicé en torno a la vida de Amos Fenton, todas superficiales, procuré que no saliera para nada el nombre de Susan Garrett.

—¿Y ahora?

—El senador recurrió a mí y pensamos que lo mejor sería sacar a la joven aquella del *bungalow*, como si fuéramos unos nocturnos amigos juerguistas que se marchan, y trasladarla a Santa Mónica para que así, cuando se descubriera el cadáver, el caso cayera sobre nuestro Departamento y yo pudiera vigilarlo de cerca. De todas formas, esto fue un accidente. Sólo se buscó que no hubiese escándalo y afectara al senador.

El Comisionado estaba realmente impresionado, aquello afectaba también a la organización que él representaba. Cerrando los puños con rabia, dijo:

—Hágase cargo de ellos, Doyle.

—Sí, señor —se adelantó el teniente, ya más tranquilo.

—¿Me permite, Comisionado? —tercié de nuevo.

—¿Qué hay, Silver?

—Hay algo que me preocupa todavía. ¿Cómo supo exactamente que yo investigaba el caso Fenton?

El Comisionado miró al capitán. Éste se humedeció los labios con la lengua y aclaró:

—Por una chica que trabaja en el Busby Club. Se llama Sandra y es una soplona nuestra que ha de informar de cuánto ocurre en su entorno. Los lugares así son muy buenos para saber cosas interesantes. Tenemos a muchos soplonos colocados estratégicamente; el Comisionado lo sabe. Lógicamente, en cuanto supe eso me alarmé y puse en guardia al senador, por si acaso.

—Y como vieron que seguía adelante, ordenaron que me mataran, ¿no?

Aquello sentó como una bomba.

—¿Cómo dice? —Casi gritó Forster.

—Hay algo que le oculté durante el interrogatorio. Durante mi estancia en Santa Mónica, en la segunda ocasión, alguien intentó asesinarme... o tal vez asustarme. Lo cierto es que me dispararon.

—No fue cosa mía.

Miré al atribulado senador.

—Tampoco mía...

—Ya confesarán, Silver, no se inquiete —intervino el Comisionado—. Lo principal es que el caso se ha resuelto definitivamente. Le estoy muy agradecido. Señores...

La reunión se fue disolviendo entre los más variados comentarios. Brenda se abrazó a mí, contenta.

Pero yo continuaba preocupado por una serie de cosas que no encajaban en mi maldita mollera. Ella lo notó esa noche, cuando nos fuimos juntos a la cama. Le expliqué que no veía claro el intento de asesinato, que no comprendía muy bien lo de los golpes en la cabeza que recibió Amos Fenton y que me seguía atormentando un rostro de mujer que había visto en la fiesta.

No fue, por tanto, una noche muy feliz. A la mañana siguiente, ya tenía un plan preconcebido.

Realicé cuatro importantes visitas y luego me presenté en el domicilio de la mujer que me atormentaba.

—Buenos días, señora Doyle —fue mi saludo.

CAPÍTULO XI

—¡Usted! —exclamó, realmente sorprendida por mi presencia allí.

—Me conoce, ¿verdad? —Le dediqué una de mis mejores sonrisas.

—Nos... nos vimos ayer... —tartajeó tratando de serenarse. Pero no lo conseguía—. Estaba... estaba en la... fiesta de... de los Garrett...

—Es cierto. ¿Puedo pasar?

—No. Estoy sola. Mi marido...

—Sé que no está. Quiero hablar privadamente con usted. Su marido no tardará.

—¿Qué... qué se propone?

—Déjeme entrar y hablaremos con mayor tranquilidad. Por favor...

Vaciló, pero no se encontró con suficientes fuerzas como para negarme el paso.

Los Doyle vivían en una casa modesta, sencilla, en la 10th Street.

—Creo preciso aclarar en primer lugar que no sólo nos conocemos de la fiesta de ayer...

Ella saltó de la butaca en la que acababa de sentarse. Sus voluminosos senos, sueltos bajo la tela del jersey, brincaron graciosamente.

—¿Cómo?

—Usted ya me conocía.

—Pero...

—Al menos ya había escuchado mi voz.

—No... no le entiendo...

—Síntese, señora Doyle —le ordené sacando mi paquete de cigarrillos y ofreciéndoselo. Lo aceptó, también la llamita de mi

encendedor. Sus dedos sujetaban muy débilmente el frágil pitillo—. Usted estaba en casa de James Clark cuando fui a visitarle anteayer. ¿Se acuerda?

—¡Me está ofendiendo! —empleó sus pocas energías en una representación de mujer virtuosa.

—No, señora. Estoy diciendo la verdad. Yo la vi cuando usted abrió la puerta para vigilar o hacerle una seña a su amante. Su imagen se reflejó en el búcaro que yo tenía delante.

—Se equivoca...

—Reconozco que no la vi perfectamente y que por eso, cuando la vi en la fiesta, no recordaba exactamente. Pero hace un rato acabo de verificarlo.

—¿Qué?

—He hablado con James Clark. Fue una dura conversación, bastante agria, pero lo ha reconocido. Es su amante.

Fue como un puñetazo para la mujer. Se echó hacia atrás, medio noqueada.

—Pero eso no es lo más grave, señora Doyle. Ahora sé que usted, hace tres años, también mantenía relaciones con Amos Fenton.

—¿Qué... qué dice...? —balbuceó. El cigarrillo cayó de entre sus dedos y a punto estuvo de quemarla. Lo tuve que recoger del suelo y entregárselo.

—James Clark me lo confirmó. Habló de usted. Es una ninfómana. Ellos dos no han sido sus únicos amantes en Santa Mónica.

—¿A... adonde quiere ir a parar? —preguntó con el miedo reflejado en sus ojos azules.

—También estuve en la prisión, hablando con Susan Garrett. Es una muchacha destrozada, pero pude hacerla recordar, estar segura de una cosa...

—¿Qué?

—Sólo golpeó en la cabeza una vez a Amos Fenton y éste cayó lentamente, con las manos sobre la herida, todavía vivo, y por tanto no pudo volver a golpearse en la cabeza.

—No lo entiendo.

—El forense informó que Amos Fenton había recibido dos golpes en la cabeza. Ni el senador ni el capitán Forster cayeron en ese detalle porque apenas hicieron caso a la pobre y asustada

muchacha, sólo querían salvar el buen nombre familiar, debieron creer que lo había golpeado dos veces, que ella no recordaba bien, cualquiera sabe...

—Está dándome a entender entonces que... que otra persona mató a Amos Fenton.

—Es usted muy lista, señora Doyle.

—¿No pensará que yo...?

—No.

—¿Entonces por qué ha venido aquí?

—Por mí —dijo entonces una voz conocida a mis espaldas.

CAPÍTULO XII

Cuando di media vuelta, me encontré con el teniente Doyle. Empuñaba una pistola.

—Vi su coche aparcado en la entrada. Todavía lleva el balazo en el cristal. Ha sido un poco idiota, Silver.

Me encogí de hombros.

—¡George! —exclamó con retardo su mujer.

—Calla, Evelyn.

—Fuiste tú.

—¡Cállate, he dicho!

—Fue él, sí, señora —dije, mostrándome muy sereno, nada intimidado por el arma—. Su marido descubrió, no sé cómo, el lío entre usted y Amos Fenton. Y se dispuso a visitar a Amos Fenton encontrándose casualmente, con una muchachita que huía espantada con una estatuilla ensangrentada y a la que reconoció como hija del senador Garrett. Luego entró en la casa y se encontró el cuadro. Amos Fenton estaba tirado en el suelo, con la cabeza ensangrentada, pero no muerto. Sólo tuvo que darle otro golpe, supongo que ése sí estrellándole la cabeza contra el suelo, y se largó sin que nadie le viera, tal como había llegado. Esperó acontecimientos. Y las cosas no le pudieron salir mejor. Se descubrió el cadáver y su propio jefe, el capitán, cerró el caso como accidente. Imagino que se dio cuenta de la relación Forster Garrett, pero se calló porque le convenía. ¿O me equivoco?

—Fue así, más o menos.

—Pero a pesar de eso, su mujer siguió engañándole sin que usted lo supiera o lo pudiera evitar.

—Es una zorra —espetó con rabia—. Pero la quiero.

—Y llegamos hasta ahora. Por una chivata de la policía que trabaja en el Busby Club supo que había un detective privado interesado en averiguar cosas sobre Amos Fenton. Le había

contratado una mujer. Su capitán decidió silencio y espera. Usted, más impaciente, optó por visitar a la hija del senador y tratar de averiguar qué pasaba, si ella era la interesada y por qué. ¿Habría recordado algo?

—Lo sabe muy bien.

—Tengo buena imaginación, aparte de los datos que he conseguido. Se presentó en el *bungalow* y se encontró el gran cuadro. Susan Garrett hecha un guiñapo, atiborrada de droga, y la otra, Deborah Parkins, a su lado, bien fresca. Deborah Parkins no era una drogadicta en el sentido estricto de la palabra e imagino que lo que pretendía al lado de Susan Garrett era sonsacarle, saber más cosas, y simulaba que le seguía la corriente...

—No se equivoca. Me lo confesó todo, muy asustada, al saber que yo era policía y las iba a detener. ¡Qué terror cogió! También me habló de usted, esperaba que bien ella continuando los interrogatorios durante los éxtasis de Susan Garrett, bien usted investigando en Santa Mónica, uno de los dos al menos podría llegar a la verdad. Susan hasta el momento sólo le había contado cosas sueltas de lo sucedido con Amos Fenton...

—Pero se dio cuenta de que era peligrosa y decidió inyectarla y quitarla de en medio. La dejó allí. Ya se encargarían los protectores de Susan de tapar el nuevo caso. Y así fue.

—Exacto. Y me gustaría saber cómo ha conseguido ligar todo este asunto conmigo.

—No ha sido difícil. Todo ha estado centrado en el intento de asesinato. ¿Cómo el asesino sabía adónde iba? Los únicos sospechosos eran los policías, al saber que la chica esa del club les había chivado mis movimientos. Ella lo sabía porque pregunté delante de sus narices, la segunda vez que estuve allí. Pero, el capitán me había parecido sincero. ¿Era entonces la chica la que estaba implicada, había actuado de una forma directa y consciente en el asunto? Fui a verla y hablé largo y tendido. Me juró que no, que sólo se limitaba a su función de soplona. Y me contó que, la segunda vez, cuando denunció mi visita pensaba ir. Pasó, por tanto, a ser un sospechoso... que adquirió casi todos los números del sorteo cuando visité a James Clark y me confirmó quién era la mujer que estaba con él, precisamente su esposa, la cual había sido también amante de Amos Fenton. Para asegurar mi teoría, hice otra

visita, en esta ocasión a la prisión, donde me entrevisté con Susan Garrett para saber exactamente cómo había sucedido el drama entre ella y Fenton, el detalle de los golpes era muy importante...

—Y finalmente vino acá.

—Para aclarar definitivamente el asunto...

—No va a disfrutar de su inteligencia, Silver.

—Veremos...

—Le veo muy seguro.

—Lo estoy.

—¿No me cree capaz de matarle?

—Su mujer...

Sonrió ferozmente.

—Ella sabe lo que le conviene. Por su bien, callará. No tiene salida, Silver.

—Creo que sí.

—No, Silver. Ha sido un suicida viniendo aquí a cara descubierta.

Se echó a reír a carcajadas, seguro de su triunfo.

—Para usted tendrá que inventar una buena historia, ya que en esta ocasión no tengo a nadie para que me tape el asunto.

—No tendrá esa necesidad.

—¿Por qué?

—Me olvidé de decirle que hice una cuarta y última visita antes de venir aquí. Y fue precisamente al Comisionado. Me colocaron un micrófono —me desabroché la chaqueta para que lo viera— y me enviaron para acá unos minutos antes de que usted terminara su faena, para que así me pudiera sorprender con su esposa. Por eso dejé el coche bien visible. Queríamos que me cogiera y hablara. Ellos han escuchado perfectamente todas sus palabras. Le están esperando en la calle, Doyle.

EPÍLOGO

El resucitado caso de Amos Fenton dio mucho trabajo a los periodistas. También a mí me proporcionó alguna que otra molestia, pues durante el mes que duraron las sesiones del juicio, tuve que estar atento, ya que era un testigo importante. Desde luego, todo ello ayudó a coronarme de cierta fama. Ya no era el vulgar detective privado de West Hollywood. Ahora incluso personas importantes se dejaban caer por mi oficina con sus problemas.

—Hola —me saludó Brenda Jones apareciendo inesperadamente por mi despacho—. ¿Cómo está el detective privado más importante de la ciudad?

—Hola, encanto —le di un beso—. Muy bien.

—¿Trabajo?

—Bastante. Pero no hay nada especial. ¿Y tú?

Ella sonrió.

—Vengo a darte una buena noticia.

—¿Tienes libre esta noche?

—Más importante que eso...

—¿Qué? —Me intrigó.

—Estoy embarazada.

Me quedé de una pieza, totalmente sorprendido por la noticia.

—Oye, no pongas esa cara de idiota —exclamó ella, molesta—. Era una cosa que podía suceder, teniendo en cuenta lo que solemos hacer varias veces a la semana, ¿no?

—Sí, pero me dijiste que tomabas...

—Pues mira. Ahora sabemos que la píldora no es infalible.

—Claro —dije, resignado.

Ella me echó los brazos al cuello y se me aproximó muy mimosa.

—Y ahora quiero saber si lo vamos a hacer, a la antigua o a la moderna.

—¿Cómo?

—¡Tonto! ¡Si nos vamos a casas!

—¡Ah...!

Por el brillo de sus hermosos ojos adiviné que, dijera lo que dijera, estaba atrapado.

Y no me supo mal...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] UCLA: University of California at Los Angeles. < <